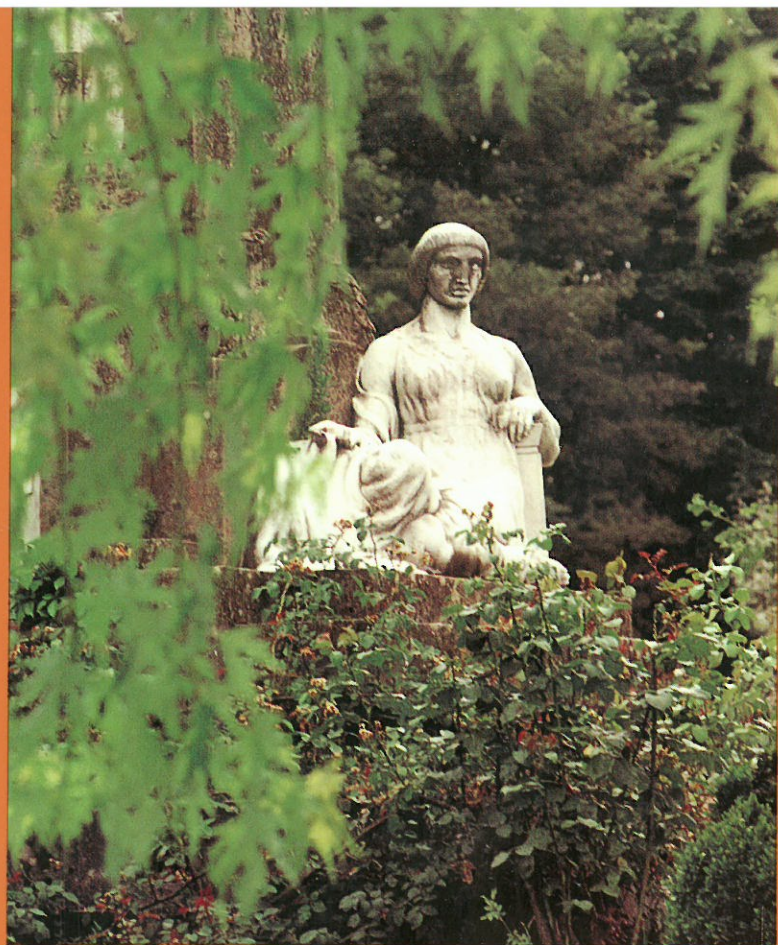




por pamplona



AYUNTAMIENTO

DE PAMPLONA

**COLECCION BREVE
TEMAS PAMPLONESES**

por pamplona



AYUNTAMIENTO

DE PAMPLONA

COLECCION BREVE
"TEMAS PAMPLONESES"

N.º 19

TITULO: "Por Pamplona"

AUTOR: Víctor Manuel Arbeloa

© Ayuntamiento de Pamplona

IMPRIME: Litografía IPAR, s.l.l.

Avda. Hnos. Noain, 16 - Ansoain-Pamplona

I.S.B.N. 84-606-0413-6

D.L. NA. 1908/91

INDICE

Prólogo de José Joaquín Arazuri	7
Con Angel María Pascual	9
Nieve en la Ciudadela	11
Nos vamos a la calle	13
Procesión del Viernes Santo	15
Mañanica de Palmas	21
Miguel Javier Urmeneta	23
Hilario de noche	25
Un mitin en Pamplona	27
Desde mi ventana	31
Alrededores de Pamplona	33
Vísperas de Sanfermines	37
Las Doce del 6 de Julio	39
Ay, rojo toro de sangre	41
Fiesta de un pueblo libre	43
Qué Sanfermines de sangre	47
En las Barracas	49
Siguiendo a los Gigantes	55
Por el Camino de Santiago	63
Mañana de San Saturnino	65
Otoño en la Taconera	73
Plaza del Ayuntamiento	77
Noviembre en la Magdalena	81
Vuelta de Aranzadi	87
En la Media Luna	91
Viendo nevar desde La Rocha	93
Casa de Misericordia	95
Epílogo de José María Pérez Salazar	99

PROLOGO

Me siento muy honrado de prologar el presente libro: Por la amistad con su autor, por tratarse de una deliciosa narración sobre diversos rincones de nuestra toponimia local, sin olvidar amenas evocaciones de personas que dejaron a su paso por la vida recuerdos entrañables y, sobre todo, por las descripciones de múltiples festejos locales como “Barra-cas”, “Mañanas del día de San Saturnino”, “Procesión de Viernes Santo”, “Gigantes y Cabezudos”, “La Meca”, “La Ciudadela”, “El Camino de Santiago” y un largo etcétera.

En el capítulo “Vuelta de Aranzadi”, Víctor Manuel describe minuciosamente los terrenos comprendidos en el meandro del Arga desde el puente de la Magdalena hasta el de San Pedro. Este último, digno de ser reconocido como el “Puente Viejo” de la singular y vieja Iruña, ha sido retratado por la gran mayoría de jóvenes y viejos aficionados al arte fotográfico, así como por los pintores consagrados y los inexpertos aspirantes a crear una obra de arte con el “unto” de sus variopintos colores diseminados sobre sus bisoñas paletas.

Me ha enternecido su recuerdo cariñoso a “Hilario de Noche”, uno de los innumerables “Moreas” —como en nuestra infancia denominábamos cariñosamente en los Maristas a los hermanos Martínez Ubeda—, entre los que destacaban por sus edades próximas a la nuestra, “Tito”, “Tato”, y “Tatina”, este último, como el que suscribe, de la quinta del 39, con el cual celebramos juntos hace pocos meses las bodas de oro. Pues bien, Víctor Manuel recuerda su amistad con Hilario, sus veladas literarias, sus tertulias, sus pinitos de editor y sus viajes a Tierra Santa, entre los que cuenta de un modo un tanto dubitativo, que “fue pastor, en sentido más pastoril que pastoral”. Aquella veleidad pastoriega fue verdad, y en este menester le sucedió una graciosa anécdota con una pamplonesa que no me resisto a dejarla en el tintero: Hace unos cuantos años, un grupito de señoritas de la buena sociedad de nuestra ciudad —entre ellas una con título nobiliario— marcharon en peregrinación a Palestina. Una tarde, rezando y paseando se fueron al Huerto de los Olivos y, en el camino, a la sombra de un árbol, vieron un pastor, vestido a la usanza del país, cui-

dando tranquilamente su rebaño. Al pasar junto al rabadán apoyado en su cayado, una voz cavernosa dijo:

—Adiós, Marichu.

La sorpresa y la impresión fueron enormes. Mas Hilario, que era el pastor, se descubrió, saludó a las peregrinas y tuvieron un buen rato de amigable charla.

Marichu vive en la actualidad tan simpática y tan agradable como siempre, y su apellido continúa siendo el mismo: Aranzadi.

Como diría la aldeana de turno: "El mundo es un pañuelo".

Víctor Manuel tampoco olvida a Miguel Javier Urmeneta cuando era una personalidad, nosotros lo recordamos durante los pocos años que fue niño, pues aún ni en su primera infancia rompió bombillas con tirabuzón, ni se escondió con nosotros en las troneras de las murallas para fumar, ni escaló los restos del baluarte de la Victoria para "asaltar" la Ciudadela, ni... tantas y tantas diabluras. Estudiamos juntos en el colegio de las Concepcionistas, allá por los años veinte. El era dos años mayor que yo, pero en la clase de sor Presentación íbamos juntos, salvando la distancia de nuestros conocimientos con estudios diferentes. A la salida de la aulas, con sus hermanos José Mari y Ramoncho, así como con los Urdániz y Salinas correteábamos por el Ensanche Viejo, Plaza del Vínculo —entonces del 22 de agosto— y nos cobijábamos en una bajera de la calle de San Antón cuando hacía mal tiempo. Otras veces nos divertíamos en su casa, sita en el caserón del Vínculo, frente al asca de caballería, en la cual nos limpiábamos los zapatos cuando veníamos de jugar al fútbol y en donde nos enjuagábamos la boca para quitar el olor a tabaco.

Dejando nuestra infancia y nuestras diabluras vamos a terminar este prólogo recordando que este delicioso libro se completa con media docena de temas poéticos que cual guirnalda de flores, embellece y adorna su atractiva prosa.

J.J. Arazuri

CON ANGEL MARIA PASCUAL

Febrerillo loco nos ha traído ya el Carnaval y nos traerá dentro de tres días el Miércoles de Ceniza.

Nos ha traído fríos y calores, hielos continuos y una ligera nevada como la de hoy. Pero no es más loco que abril, mayo, o el mismo agosto, que parece tan sosegado y maduro. Nos ha traído la luminosa fiesta de la Candelaria; la popular, y este año dominguera, de San Blas, y nos traerá la de San Matías, que enciende de vida el nido de las golondrinas oscuras.

Paseo por la Taconera, mientras “empieza a llover con fríos chubascos”, enfurecidos contra la antigua Puerta de San Nicolás, que hace tiempo se despojó de la hiedra sentimental.

El libro de la Taconera, que nunca se cierra, está hoy mustio y envejecido. Ya no rezan aquí los sacerdotes el breviario, pero continúan paseando las señoras y los señores, y los niños jugando al escondite. Bajo el agua-nieve que ahora cae don Hilarión Eslava está más grave que nunca, casi funeral, y el doctor Huarte de San Juan se esconde aún más bajo su arriate protector. Los que nos acostumbramos a la Taconera de los pavos reales la encontramos ahora tristona y decadente. Hace meses le robaron vasos y estatuillas de piedra. Le vendría bien un replanteamiento botánico y humanista.

Veo desde el mirador los verdes sotos, los barrios blancos y terrosos, las viejas y nueva torres, el río, los puentes. El Arga, arrecido por los fríos de este año, sale de entre las murallas de Capitanía con un temblor de neblina gris que sigue impregnando de moho los baluartes, ya muy reblandecidos.

La huerta de las Recoletas es amplia y hermosa y un alto cedro hace aún más verdaderos los tapiales, donde el sol dejó el color de los atardeceres vegetales y silenciosos. El ruido técnico controlado de los coches, camiones y autobuses sustituyó al tintineo de cascabeles de los ómnibus de la estación, pero las rejas que defienden los ventanales no dejan entrar el mundo en el sacro recinto.

No ha llegado aún la primavera a Pamplona por la Plaza de Recoletas. Las fachadas de ladrillo, con las que hacen juego los ladrillos de San Lorenzo, y sus altas logias de medio punto bajo el ancho alero señorial se borran esta mañana de febrero, como en aquella de 1946, bajo la borrasca cantábrica. Tres grupos de mocicos y mocicas, con sus vestidos variados, se cobijan bajo los portales. Las monjiles acacias casi no se ven; sólo la cercana a la esquina de la Calle Mayor es un árbol robusto que protege el kiosco de los periódicos y planta cara a los opulentos plátanos que bordean la cuesta de la Estación.

El obelisco de la fuente cuatrillorona es también parte de ese escenario neoclásico, que cierra la iglesia conventual, con sus tres arcadas de rejería, donde se representa el invisible auto sacramental de la mañana del domingo.

Los abetos del Canadá presiden el silente y lento desperezo de las ramas invernales en los jardines de la Taconera. El buen sol saca alguno de sus cien brazos y se ilumina la estatua de la Mariblanca que guarda el nuevo Café vienés, donde varias parejas jóvenes y maduras toman el aperitivo y leen periódicos.

Angel Mari Pascual se habrá alegrado mucho oyendo los recitales de poesía que se celebran aquí todos los últimos viernes de mes.

Se va el sol y vienen otra vez unas hilachas de agua-nieve.
Febrerillo loco.

NIEVA EN LA CIUDADELA

La nieve ha borrado la Sierra de Ezcabarte, San Cristóbal, Erga, Gaztelu y los arranques de las sierras de Satrústegui y Aralar.

Está borrando ya las torres de San Cernin.

La nieve amenaza por todas partes a la que un día fuera "llave y antemural de las Españas", la orgullosa fortaleza mandada construir nada menos que por el rey don Felipe II de las Españas y IV de Navarra, e inspirada en la de Amberes.

Los tres bastiones que quedan, el Real, Santa María y Santiago, de aquel inexpugnable pentágono navarro, estrella de piedra y poderío, se vuelven pronto campos de paz y de mansedumbre, recipientes de este imprevisto maná de enero.

Los viejos sillares arrancados del castillo levantado por don Fernando el Católico, ya descansados hace tiempo de la fatiga defensiva, se ablandan ahora en castillo nevado, en un belén natural a donde llegan los Reyes Magos de Pamplona.

Los niños reciben también a la nieve como a un rey mago colectivo y anónimo que les trae ilusión y belleza. La cogen, la llevan, la tiran, juegan con ella. Suben a los glacia, bajan a los fosos, se asoman a las poternas, se siguen y persiguen en los contrafuertes y revellines. Gorros y bufandas, abrigos y anoraks, manoplas y pantalones, calcetines y botas, de todos los colores y formas, hacen un delicioso cuadro **naif**.

Dos perros juguetones sobre la nieve parecen lobos hambrientos.

Los olmos, los álamos, los abedules y los plátanos, y el tilo y la robinia de cerca de mi casa se dejan hacer. Están desarmados, y se cubren pronto de melancolía. Sólo los cipreses —**sempervirentes**— se lucen con su nuevo capuchón, que parece hecho a medida.

Me gusta más ver la nieve entrar por su pie, por su cuerpo entero, en la Ciudadela, que no a través de los soldados franceses jugando a bolazos.

Maldecida por los ciudadanos que tienen que moverse en la ciudad, y agradecida por los niños y por algún poeta suelto que queda por ahí, bien sé que la nieve es un fruto y un lujo de campo y pertenece a un estadio de cultura rural. Desde la ciudad, se la aguenta sólo lejana y como instrumento de diversión y de negocio.

Pero la Ciudadela es un trozo de ese tiempo y de ese espacio metido en la urbe. Aquí la nieve es original y buena y no hace mal a nadie.

Nieva en la Ciudadela.

Silenciosamente. Parece que nieva silencio.

Lentamente. La nieve es puro reposo.

Nieva y sólo nieva. No hay distracción posible.

Nieva. Nada más.

Sólo y todo nieve.

NOS VAMOS A LA CALLE

*Nos vamos a la calle
a defender la vida,
a romper los tentáculos del miedo,
a desgranar las uvas de la ira,
a sentirnos vivir al aire libre
sin fantasmas de muerte en cada esquina,
a levantar banderas de esperanzas
que al terror no se rindan.*

*Que nos matan a diario,
a golpes de estadística,
como a pobres animales aturdidos,
y pasamos de prisa
por encima de la sangre coagulada,
por encima del muerto, por encima.*

*Son cientos de personas degolladas
por expertos carniceros de plantilla,
fanáticos del hierro y del acero,
de corazón de cieno
y el alma de ceniza,
guerrilleros perdidos de otros siglos,
desechos de la historia,
errantes por su loca geografía.*

*Que queremos vivir la primavera
más alta y encendida
de la etapa del mundo más fecunda
que los hombres cultivan.*

*Que no queremos
que los ríos arrastren sangre ennegrecida.*

*Que no queremos
que los "lápices sin punta"
de los fusiles escriban
nuestra historia.
Que la escriban
los hombres y mujeres
cada día
con sus manos de tarde y de mañana
y sus sueños de noches y de risas.*

*Nos vamos a la calle
en expansión activa
a defender el aire, de los buitres;
la flor, del herbicida;
la vida, de la muerte;
la muerte, de la injuria y la mentira.*

*Nosotros, los hombres y mujeres de Navarra,
militantes del partido de la vida.*

Pamplona, marzo 1981

PROCESION DEL VIERNES SANTO

Hoy se ha poblado el cielo de nubes, como avergonzado de tanto sol que nos ha ofrecido durante la semana.

Anda un gentío suelto por Pamplona, crecida de tulipanes rojos y amarillos tras las primeras lluvias del año. Casi no se ve cuando salgo vestido con túnica y capirote.

Junto a la sede de la Hermandad de la Pasión me cuestra abirme paso. Veo a varios amigos que no me ven. Si esto durara mucho tiempo, sería jugar con ventaja. Nos dan el cirio junto al frontón Labrit y con él me acerco a donde llegan los primeros pasos.

—¿A dónde voy? —le pregunto a un organizador.

—Mejor, a la fila de la izquierda, que hay más huecos.

Enciendo el cirio y a la fila de la izquierda que me meto. No acabo de ceñirme bien los huecos del capirote a los ojos, y hago propósito firme de llevar el cirio bajo e inclinado para no quemar la túnica del que va delante, como estuvo a punto de ocurrir el año anterior.

—Hermano...

—Hermano...

Es la señal de arrancar. No hay mucha gente en la calle Compañía y sí muchos letreros en favor de ETA. Avanzamos muy pausadamente, mientras se abren camino los pasos de la procesión. Entre grupos de niños y de mayores con palmas, viene el de la Entrada de Jesús en Jerusalén, paso alto, del escultor pamplonés Ramón Arcaya, con un Jesús herido por el fulgor de la muerte, alzadas las manos de los discípulos y amigos que lo aclaman.

*Jerusalén —amor—, abre tu seno
al dorado temblor de la palmera,
al rumor del laurel. A quien espera
con su delgado paso nazareno...*

Así comienza el bello soneto que el poeta pamplonés José María Pérez Salazar dedicó a la escena. Ciertó: "tras el olivo gris de plata fría" se esconde el odio hecho 'sonrisa, hecho tal vez aclamación, hecho luego cobardía, duda, traición y muerte.

Pasan presurosos grupos de cantores. Manípulos de soldados romanos. Hachones. Los pasos de José Rius, desde la Última Cena hasta el Prendimiento. En la Flagelación, de Jacinto Higuera, Jesús desnudo es pura pulpa de azote inhumano, carne primaveral de sayón grotesco y abominable. Desfilan a paso ligero más soldados romanos. En el Ecce Homo, Mariano Benlliure o su discípulo puso en el Cristo azotado, además de la corona de espinas y del trapo rojo, una cierta dignidad respetable.

La Caída del Señor, del bilbaíno Manuel Caciado, es uno de los pasos más bellos. Lo llevan 24 portadores. El torso y la cabeza de Cristo en tierra están a punto de crujir bajo la madera de la cruz, de convertirse en barro blando de impotencia, que sólo salvan los ojos plenos que miran hacia lo alto.

Cuando embocamos la calle Curia, llena de gente en balcones y aceras, pasan los portadores de las Siete Palabras y otro manípulo de soldados romanos.

Me toca pararme bajo un andamio. Viene ruido de música dura desde el bar próximo. Sale un muchacho con un cigarro en la boca, mira indiferente la procesión y se mete en el bar dando un portazo, como si le urgieran las cosas de más momento y consideración. Otros dos salen y miran un rato. Una moceta de pelos pinchos se escabulle de entre los andamios y entra a su vez.

En el atrio de la catedral espera el Cristo Alzado, del escultor navarro Fructuoso Orduna, árbol musculoso de muerte que se eleva entre hachones, llamas rojiverdes, lanzas, y un matorral ferruginoso de martillos, alambres y clavos. Dejemos al poeta pamplonés expresar la emoción del momento:

*Ya se estremece abril. Ya es torrencera
la sangre del Señor. Luz y latido,
que pone rosa en su cuerpo herido
y abre cauterios en la culpa entera.*

Los estrictos huecos del capirote y la atención al cirio encendido limitan la curiosidad y exigen atención, además de las otras razones que llaman al recogimiento. Bajamos por la calle Navarrería, con mucho ruido de bares semiabiertos. El gentío nos rodea hasta entrar en la calle Mayor, mucho más tranquila, calle para procesiones clásicas como ésta, toda ella una procesión de siglos.



—Aquí tampoco viene José Javier.

—Mamá, los romanos...

—Anda tú, más romanos.

—Chiss...

—Hermano...

—Hermano...

Los entunicados o “mozorros” somos un río cárdeno de silencio y misterio recorriendo un tupido valle de gentes devotas y curiosas apiñadas en aceras, puertas, ventanas y balcones, que miran con emoción, hablan en voz baja y piensan, rezan, recuerdan, miran, comentan y se compadecen.

A los pequeños les gustan los romanos. “Guardia pretoriana —escribió un día aquel buen escritor navarro Fermín Mugueta—. La ilusión de los chicos se airea al desgaire de los mantos rojos y en la gallardía de los altos penachos”. Han vuelto los briosos caballos, que son la atracción, más grandes, como cuando yo era chico y venía del pueblo a ver la procesión.

Otros se aburren:

—¿Cuándo se va a acabar esto? Vamos a casa, papá.

—Déjame en paz.

O piden, según la tradición.

—Un caramelo, hermano. ¿No tienes un caramelo?

—Un caramelico.

Algunos nos estiran del cordón. Salta otro:

—Vamos a contar “hermanos”: uno, dos...

Salimos del Casco Viejo al paseo de la Taconera. Estoy ahora junto al paso del Descendimiento, el más alto de todos, obra del escultor catalán Miguel Castellanas, basado compositivamente en el que Rubens realizó para la catedral de Amberes. El paso tiembla, cruje levemente el maderamen y nos tiene a todos en un ay.

Un vientecillo marcelero, que aquí vuela a sus anchas, apaga algunos cirios. Una mujer comenta con otra:

—Como ayer vi la película, la estoy recordando todo el rato.

—Ahora viene cuando le bajan de la cruz —dice en voz alta un chico.

—Qué paso tan bonito es ése.

—Mira, mira, ahí va Pachi.

—Chiss...

En la calle de San Antón, una de las más recogidas, veo a varios amigos. Echo en falta un poco de música, algún coro de cantores que concentre la atención y haga más fácil el silencio.

La primera procesión fue la del Domingo de Ramos en Jerusalén. Y la más larga y triste de todas, la de la Vía Dolorosa hasta el Calvario. Voy recordando aquella tarde de Viernes Santo. Elegimos las horas de la noche, tras la procesión oficial. Ibamos muchos grupos de peregrinos recorriendo las catorce estaciones, entre las tiendas, cerradas ya, del bazar palestino. Algunas se abrían cuando pasábamos. Terminamos en la basílica del Santo Sepulcro, que era un hervidero de cristianos de todos los ritos y confesiones esa noche.

En un recodo de la Plaza del Castillo puedo ver de cerca el paso del Sepulcro (1887), de Agapito Vallmitjana, el mejor de los pasos de Pamplona.

Lo llevan a hombros 20 portadores, a ritmo de olas, entre los 14 hachones de los “magnates”. Sobre un cuerpo rectangular de jaspe imitado descansa el cadáver desnudo de Cristo, sereno y contenido, con el sudario de talla, velado por una transparente sábana de nipsis. Cuerpo yerto por la calambre de la muerte, salpicado de sangre, arropado ahora por la ternura de los que lo admiramos y queremos a su paso. Cierran el cortejo el centurión, dos porta-enseñas y la guardia pretoriana.

El silencio es tan claro, que se oye el sordo rasgueo de la madera de los pasos, hasta que suena nítida sobre las andas la señal de detenerse.

Un minuto después llega la señal de echarse a andar.

—Hermano...

—Hermano...

Esta vez he perdido la fila y tengo que alcanzarla. Un crío me pide un caramelo. Lo veo junto a una mujer de edad madura y le digo:

—¿Por qué no le pides a la tía?

—Si no es mi tía... —me responde festivo.

Se adensa la gente en los rellanos y las bocacalles. Está casi desierta la primera parte de la Estafeta, donde lucen sonrosadamente las casas recién arregladas. En la Bajada de Javier un mocico enciende el cigarro en el cirio de un mozorro. No hay este año gritas ni broncas al llegar a la bocacalle de Calderería, guardada discretamente por la policía municipal. Dos jóvenes fuman y tienen en la mano una botella de cerveza.

Llegamos a la iglesia de San Agustín. La Dolorosa viene con diez minutos de retraso. Se oye la banda de música a lo lejos, como un consuelo lejano. Nos desvestimos. Muchos jóvenes, muchos vaqueros, camisas abiertas, pañuelos limpiando el sudor.

—Hombre, José Luis, ¿qué tal?

Tras la bandera y la junta de gobierno de la Hermandad de la Pasión, llega la Dolorosa, imagen de vestir, el paso más antiguo (1883), obra de Rosendo Novas y Ballbé, el mejor discípulo de los Vallmitjana. Llanto de lágrimas rotas, viene entre cirios cortos, abrumada por un manto negro y oro, que es la carga inmensa de su dolor y de su luto. El poeta pamplonés le dijo certeramente:

*Larga senda de abrojo y derechura
halló tu planta, del cansancio hurtada,
hacia la cumbre del martirio. Nada
pudo enjugar tus lágrimas. Qué dura
cabalgata del trance. La amargura
de la Verdad de Dios crucificada.*

La noche se cierra definitivamente cuando la Dolorosa entra en San Agustín. La música se apaga. El silencio es más triste que nunca. La atmósfera se queda sin color, sin olor y sin temperatura.

MAÑANICA DE PALMAS

*Mañanica de palmas,
ramos de olivo,
primavera rompiente,
y el sol, cautivo.*

*Mañanica de palmas,
procesión de los ramos,
corazones de niños
todos llevamos.*

*Mañanica de palmas,
se abren las nubes
y nos brilla la gloria
de mil querubes.*

*Mañanica de palmas.
La Ciudadela
con sus sauces y álamos
en duermevela.*

*Mañanica de palmas,
ramos de olivo,
primavera rompiente,
y Cristo... vivo.*

MIGUEL JAVIER URMENETA

Cuando los periódicos navarros anunciaban aún su presencia en actos culturales públicos, los que no estábamos al tanto de su enfermedad nos enteramos con sorpresa de que Miguel Javier Urmeneta había muerto.

No nos lo creíamos del todo y nos cuesta creerlo todavía. Cualquier tarde del próximo invierno lo veremos tal vez pasear, con un gabán oscuro, solo o con algún amigo fiel, por el Paseo de Valencia o por el Redín.

Miguel Javier Urmeneta llegaba de largas leyendas y de muy esforzadas empresas. Era hombre metido hasta las cejas en los cotidianos y monótonos laberintos de la administración. Pero al mismo tiempo era un caballero andante y, como el personaje de Cervantes, **“valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos”**.

Alto y altivo, su paso marcial por la vida no le venía sólo de sus fajines y de sus hazañas militares, qué va. En los momentos más extraños de su peripecia vital, extraños sólo para los que no conocían aquellos hombres y aquellos tiempos, se podía repetir de él aquel verso tan romántico y legionario de que **“un gran amor le mordía / como un lobo el corazón”**. El amor a su casa, a la casa de su padre —**aitaren etxea**—, el amor a su pueblo, un pueblo viejo y muchas veces derrotado, que había que levantar desde muchos sitios y de muchos modos.

El no quiso esperar y se jugó el tipo atravesando la curva trayectoria de los medios por la rectilínea andadura de los fines. Así lo vieron nuestras gentes, sin grandes aspavientos.

Alcalde de Pamplona, diputado foral, director de la Caja Municipal..., fue siempre mucho más allá de lo que solían ir sus compañeros de tareas. Nunca se quedó satisfecho, ni aun cuando, **de son vivant**, los pueblos de Navarra le dedicaban calles y plazas. Conocía bien el buen corazón de sus paisanos —**erkideak**—, pero también sus “arbolarias” veleidades y sus insufribles contradicciones.

Tenía un letra grande e ininteligible, los ojos escrutadores y tristes, con una cierta luz de candor, la mano generosa. Solía llegar tarde a los sitios, le gustaba más preguntar que contestar. Era un buen cultivador del tacitismo. Lleno de dudas, quizás por eso era un consejero nato.

Cuando quedó libre de trabas administrativas y se jubiló juvenilmente, se dedicó a lo suyos y a lo suyo, a la pintura y a la literatura, que eran sus pasiones soterradas y manantías, sus lenguajes más claros. Su muerte, precipitada, nos privó de algunos de los mejores frutos de su ya sereno y liberado espíritu.

HILARIO DE NOCHE

Venía de lejanos horizontes. Y deambulaba hacia más lejanos todavía.

Hombre que dormía de día y velaba de noche, tenía no sé qué de insomne, de noctámbulo perdido. Le gustaba la noche: desde los paseos con su perro por la calle Mayor y la Taconera hasta las veladas de poesía que celebrábamos en su casa, en torno al candelabro de los siete brazos y al diván-ataúd, siempre preparado por si acaso. Una calavera, al fondo.

Memento.

Era devoto, lógicamente, de la misa de tarde, y de las completas más que de los maitines. Si algún negocio emprendió en la vida, él que, como cristiano viejo, aborrecía el trabajo, tuvo que ser un club nocturno: el **Viana**, que quiso llenar de poetras y tertulias, y no hizo otra cosa que asustar a los clientes urgentes y urgidos y encorajinar a los camareros.

Hilario. Hasta su nombre era singular. Solía distinguir yo, en la larga y amigable tertulia, entre **hilariedad** e **hilaridad**, y a esta segunda connotación nos acogíamos con mucho de broma y un sí es no es de ligera rechifla. El se sabía mingo de chanzas y centro, entre resignado y complaciente, entre atávico y tartarávico, de donosas destemplanzas.

Vivía —no económicamente, claro— de sus recuerdos de editor de Angel María Pascual, Rafael García Serrano y de otros buenos escritores navarros, y las barbas le colgaban como un rimero de cuartillas o una plancha tipográfica de las de su tiempo. Era entendido en tapas y cubiertas, en buenos versos —cuanto más místicos, mejor— y en Israel.

De Israel venía y a Israel volvía siempre. En sueños, claro. Alguna vez, también en la realidad. Allí dicen que fue pastor, en sentido más pastoral que pastoral, y allí hubiera querido morir, si el infarto que nos sorprendió a todos, menos a él, no lo hubiera llevado a seguir descansando al cielo de Elohim.

En el brotar de **Río Arga**, grupo, revista y tertulia de poesía, estuvo Hilario. Como sombra de álamo o como flor amarilla de aliaga. Humilde y orillado, en la orilla.

Era un ermitaño llegado de lejos, de Palestina o de la Nubia, obligado

a pernoctar en la calle Mayor. Escribió, de noche, un poema inmenso, tan inmenso que no comenzó a escribirlo nunca.

Como los demás éramos más progresistas, “normales”, o simplemente más diurnos, y no habíamos preparado todavía el ataúd, lo dejamos cada vez más solo.

Pero, si había alguien en Pamplona que vivía, aisladamente, de versos para conversos y para reversos, era él: Hilario Martínez Ubeda. ¡Shalom!

UN MITIN EN PAMPLONA

Mientras llega el Candidato, han montado un pequeño festival de música con un grupo de "divos", que entretengan al personal. Viejas y nuevas canciones que nos arrastran la memoria y nos acunan el corazoncito. Hay policías sin disimulo, de paisano, a lo largo y ancho de los accesos. Los jefecillos del orden interno saludan a los que entran, festivos, desca- misados, con las plaquitas de identidad partidaria al pecho.

—¿Qué hay?

—Hola.

—¿Qué tal?

—Ya ves.

—¿Mucha gente?

—Hasta los topes.

Hace calor.

Cuando entramos, todo está lleno. Vamos por la parte alta del pabellón polideportivo, de acá para allá, buscando sitio. Que si quieres. Todo el mundo se agolpa en la barandilla, sin dejar un resquicio. Los delgados se infiltran en los huecos más fácilmente, los altos ven más que los bajos, y algunas señoras maduras y pinturreadas aprovechan no sé qué podios para alzarse sobre nuestras cabezas. Aquí no hay otras reglas. Saludos de unos y otros. Gritos, manos, manotazos, abrazos, besos, palmadas, trompicones, sudor. Todo el mundo suda, todo el mundo se aúpa hasta donde puede, todo el mundo estira el cuello. Algunos corren. Y la música pega fuerte como animando a la lucha por el sitio. Hace más calor.

Nadie parece reparar en el gigantesco y frío entramado de hierro y hormigón del recinto, proyectado para pruebas deportivas. Todo lo llena ahora el calor del sol y del gentío.

Llega el Candidato entre nubes de aplausos y jaleos. Camisas y cuellos sueltos. Alguna corbata. Todo el mundo se pone en pie. Es el rito de entrada. Suena el himnillo electoral. Banderitas en mano en los asientos de la cancha. El pabellón es un concurso de colores. Predomina la gente mayor, la gente tranquila que va a estas cosas rituales, con un orla joven

de cuarentones bien conservados. Saluda a los suyos el Candidato. **Asperges me.** Junto a él, y en orden riguroso de protocolo, los candidatos provinciales, que han esperado, entre desconocidos, humildes y satisfechos, la llegada del **Number one.**

- Qué bien está.
- Pero si es más alto de lo que parece.
- Y no se cansa el tío.
- Y les cansa a todos.
- Qué bien le va la camisa, tú.
- Mujer...

Terminan los aplausos. Todo el mundo se seca el sudor. Detrás del pabellón hay una piscina azul, entre chopos y sauces, donde se zambullen algunos niños. El monte San Cristóbal lleva a hombros toda la luz de la tarde de junio. Parece que hace ahora más calor.

KAIKU

Hoy el único candidato es el Candidato, el único vestido de blanco, el único consagrado por el pueblo para predicar la verdad, recibir el poder y pasar a la inmortalidad. Los demás parecería que iban a ser consagrados por él y no por las urnas. ¿Quién se acuerda aquí y ahora de que éstas son unas elecciones parlamentarias y no presidenciales?

Uno de esos candidatos provinciales lee unos papeles e intenta decir no sé qué contra los candidatos de otra lista. La gente no tiene otro remedio que aplaudir, porque hoy las manos son aplausos y en cuanto se mueven, aplauden. Termina pronto, menos mal. Otros tres le suceden y buscan desesperadamente el aplauso fácil levantando la voz y metiéndose a lo loco con los otros candidatos. La gente aplaude sin ganas, porque lo pide el rito. Hay que aplaudir contra el otro. Hay que aplaudir muchas veces. Hay que llenar el tiempo hasta que hable el Candidato. Es mucho más divertido aplaudir que atender a lo que dicen estos candidatos sin gloria ni nombre, teloneros del telón que dará paso al Unico.

FRILAC

Ya sube, ya sube, por fin, al trono democrático de los comicios, alto, reluciente, ornado de flores y de banderas, altar mayor privilegiado, con el ambón en su sitio, arriba las estatuas invisibles pero presentísimas de todos los héroes, los mártires, los confesores, los apóstoles de la Idea, que ahora se llama Proyecto. Hay olor a incienso popular, que se quema en los turiferarios de miles de manos que siguen aplaudiendo.

- Qué guapo está.
- Y qué buen color.
- Aquí hay jefe para rato —dice con entusiasmo un señor que peina canas.

La gente corea el nombre del Candidato. Las banderitas son amarillas y verdes, con el escudo del Partido en medio. Una pradera en verano. Un campo de trigo y de colza en primavera. Un edén.

—Acércate, mujer, fíjate.

—Ya veo, ya.

—Qué estupendo.

—A ver si nos mira.

El Candidato levanta las manos en señal de victoria. Chifla a la gente. Los aplausos son un trueno blando. Una catarata lenta.

YOPLAIT

Alguien cree que al mitin se viene a oír lo que dicen. No. El mitin, como su nombre inglés lo dice bien, es **encuentro**. Sobre todo mítines como éste, con liturgia propia del día en todas las gallofas electorales. Lo demás es accesorio. Que haya gente, mucha gente es indispensable. Y luego que se le vea al Candidato, que aparezca vivo, cercano, posible, realmente presente, divino pero humano, humano pero divino.

—Está lleno a rebosar, ¿eh?

—¿Pues qué te creías?

—Pero esto no lo llena más que él.

—Por supuesto.

—¿Habrán diez mil personas?

—Yo creo que más.

El Candidato habla y es aplaudido. ¿Qué dice? ¡Qué más da! Que lo han hecho bien, que lo van a hacer mejor, que nadie lo haría como ellos, que los demás lo hicieron peor, que van a ganar, que pueden ganar, que deben ganar, que van a seguir ganando, pero que con calma, sin prisas, con firmeza y mucha paz, sobre todo mucha paz, y mucha libertad y mucha justicia para todos, y que Navarra siempre votará por él.

La gente, la buena gente sudorosa y ya sudada, se seca el sudor con el pañuelo, lo mismo que el Candidato; aplaude sin parar, grita, jalea, dice que sí, que siempre, que a ver qué pasa, que no faltaba más, que adelante, que a ganar, a vencer, a triunfar, por los siglos de los siglos.

KICKERS

—Qué bien habla el tío.

—Y sin insultar como otros.

—Eso, eso.

—Mira cómo suda el pobre.

—Y está un poco ronco.

—¿Tú crees?

Y luego el rito del adiós. Suben los candidatos oscuros. Se fotografían juntos, sonríen juntos, levantan las manos, aplauden. Música y aplausos. Id en paz. Ya está.

Los innumerables agentes del orden impiden a la masa sudorosa que se acerque al Candidato, que baja las escalerillas del púlpito solemne, pero el Candidato se acerca, mientras suena el himnillo electoral, da manos, reparte sonrisas, dice palabras que no se entienden, se deja sacar fotos, levanta la vista, las manos, avanza, le hacen avanzar.

CAJA DE AHORROS DE NAVARRA

Sale la gente a prisa por los vomitorios del pabellón, porque quiere ver al Candidato cuando salga el autobús que lo lleva al hotel. Gritos, afanes, corridas, saludos, alegrías, sudor, olor a animal viejo, a jabón, a quesos, a colonia violenta.

- Qué calor.
- Qué calor.
- Qué calor.
- Pero qué bien todo.
- Formidable.

El coche del Candidato, que lo lleva al hotel, pasa cerrado a cal y canto. Un pelotón de policías lo custodia, lo protege, lo escolta, lo lleva en volandas. El Candidato saluda sonriente y sudoroso. Algunos candidatos provinciales ocupan coches posteriores y abren las ventanillas para dar la mano, que el Candidato no puede dar. Pero ellos no interesan.

El encuentro se ha producido. La gente ha encontrado al Candidato, representación visible, hasta tangible, poderosa y al mismo tiempo cercana, de la Idea, de las ideas mantenidas contra viento y marea, de tantos años de historia, de tantos días de esperanza, de tantas horas de esfuerzo.

Ahí van los de Cizur, y allí los de Cintruénigo, y los de Andosilla y los de Cáteda y los de Elizondo. Han venido en autobuses y en coches particulares. Se saludan, se gritan, se abrazan, se despiden.

- Cuánto tiempo sin verte, hombre.
- Y que lo digas.
- Qué bien el jefe, ¿verdad?
- Qué bien.

DESDE MI VENTANA

*Desde mi ventana,
¡Cuenca de Pamplona,
febril y serrana!*

*¡Altos de Mendurro,
Ostiaco y Txaraca!*

*Desde San Cristóbal
bajan voces graves
de oscuras historias.*

*Y por el Perdón
salen los quejigos
a tomar el sol.*

*Desde Goñi vienen
las mejores lluvias,
las primeras nieves.*

*Higa de Monreal:
castillo roqueño
sobre el verdegál.*

*Desde mi ventana
contemplo el desfile
fiel de la mañana.*

*En la Ciudadela
tres rudos bastiones
vela que te vela.*

*Ya no hay que velar:
sin aves de presa
huyó el gavilán.*

*Murallas y fosos
son juguetes nuevos
de niños y mozos.*

*El cielo es azul,
vuelan las urracas,
crece el abedul.*

*Desde mi ventana
veo abril subirse
por troncos y ramas.*

*Los chopos y plátanos,
los tilos y fresnos
verdean las manos.*

*Todo es primavera:
todo se prepara,
todo se renueva.*

*Desde mi ventana
se emboban los ojos,
y se escapa el alma.*

ALREDEDORES DE PAMPLONA

Desde el piso de “Nuevo Futuro” en Barañain, donde tomo café con las chicas y chicos que allí viven, veo caer la tarde de junio como una belleza verde sobre los campos. Cierran el espectáculo natural los Altos de Goñi, decorados por una leve bruma gris azulena.

Bajamos de prisa en busca de la tarde. El carrito de Miluce es como un camino huido de aventuras. Nos amparan los castaños y los olmos patriarcales. Hasta el cementerio de Berichitos parece hermoso. ¿Por qué parecen tan hermosos los cementerios?

El puente de Miluce nos trae terribles memorias de “lenguas largas” de antiguos ajusticiados por órdenes reales, mientras se encara con sus tajamares a la corriente.

Nos metemos en Landaben. ¿A quién se le ocurrió amontonar aquí las fábricas? Parecería que a los revolucionarios del tiempo, y, sin embargo, no fue así. Están las paredes llenas de letreros llamando a la huelga general del día 20, como entonces.

El cadáver en pie, y todavía sin descomponer de “Ignacio Soria, S.A.” sigue al sol del recuerdo de largas luchas laborales, mientras Torfinasa parece una quinta circundada de rosas rojas, que no es mal color para adornar empresas de sonoros capitalistas.

Desde el carrito de ronda del polígono, con ciruelos japoneses, la iglesia del viejo pueblo de Barañain, entre acacias, deja ver su flanco airoso y defensivo frente a los vientos que le baten desde San Cristóbal. La humedad le sube por el escarpe de las orillas del Arga, que arrastra aguas pútridas.

Junto al Orcoyen de ladrillo y teja roja, el restaurante “Costa del ajo” nos hace soñar en alguna costa, aunque sea de ajos. Está también el Orcoyen de casas apretadas de emigrantes, y el Orcoyen alto y solitario, de piedra y árboles, casi triste en su belleza extraña.

Ponen colorada la tarde las amapolas de los campos y ribazos, y la hacen tierna y variada los gordolobos, las digitales y las chirivitas.

Se me van los ojos hacia el castillo gótico y gotoso de Arazuri, a las tres torres que veo desde aquí, desde donde un día dominaron los Lance-

lot y los Beaumont. Hoy, por fortuna, en vez de fantasmas, guarda pacíficos moradores, aperos modernos de labranza y perros que, cuando es de noche, nos recuerdan la Edad Media.

Pasamos el río Juslapeña, que pone aún fresca por donde pasa. Viene un poco lánguido y se rinde en el Arga sucio, sin aspavientos.

Según se mire, Ororbia es uno a la izquierda y otro a la derecha. Hay tantas rosas, que parece que han venido de excursión. Vamos seguros, entre San Cristóbal y la Sierra de Sarbil.

Por el puente de Astrain, tras encandilarnos ante el crucero, salimos entre pinos y Unión Carbide, inmenso y feo conjunto, y torciendo a la izquierda en el cuadrivio, subimos hacia Gazólaz. La pequeña y pinosa Sierra de Cizur, recostada frente a la desembocadura umbrosa del Elorz, nos sirve de orientación. Pasamos con prisa y con pena ante y entre las maravillas de la Capital de la Cendea, que fue durante años la mía. ¡Cuántas veces me subí a esta torre y me bajé a este claustro!

La flor de los patatales, la última de los cultivos, está sonrosada y suave. Va camino de Cizur un cura con teja y manteo recogido al hombro, y viene hacia Gazólaz una mujer frescachona, acalorada, con las hombreras bajadas. Parece una secuencia preparada por Buñuel.

*Esa que veis de rostro amondongado
alta de pechos y ademán brioso...*

Torcemos hacia Cizur Menor. Los pinos carreteros están pocos y como cansados. Entre trigos aún verdes cabecean algunas cebadas amarinas para aguantar mejor el peso. Los cardos levantan airosas sus cabezas moradas encima de las verdes. De ellos aprendieron los maestros del gótico para tallar en piedra y en madera las cardinas.

Otro pueblo de rosas y de alegría. El Perdón está de un azul oscuro tornasolado que alivia el paso. Sale una nube de polvo de la primera cantera de Alaiz. Quintas de nuevos ricos. Aspace o un lugar hermoso para el alivio del dolor y de la soledad de unos niños, sobre todo cuando se compara con quel rincón de Echavacoiz. Gentes que van y vienen andando o corriendo por la carretera. Nadie quiere estar gordo ni ser viejo. Alguien se tuesta, ligero de ropa, al sol.

Entramos en el viejo imperio de Potasas inaugurado en 1960, que dio pan y futuro a miles de personas. Esparza se derrama en la falda de la colina, la torre alta y alerta. Piezas incultas y escombreras convertidas en cabezos deformes. A derecha e izquierda, corren las cintas metálicas que transportaban la potasa cuando a los directores que vivían en Madrid les salían bien las cuentas, que ahora se cuentan en miles de millones de pérdidas. Junto a las choperas jóvenes de la izquierda, abarrancamientos y dunas salinas a la derecha. Intento trazar el mapa geopolítico de la huelga de 1975. Ciapes y alholva. Una urraca distraída a ras de tierra.

Un caballo blanco yergue su cabeza bien hecha a la entrada de Salinas. Ramas y flores de azahar junto a la iglesia.

Llegamos al río Elorz, viejo amigo de ratos apacibles, con riberas y sotos propicios al silencio sonoro de la amistad. El río se mueve entre chopos y acacias, aneas y tamariscos. Hay gente mirando las obras de la futura estación de Renfe en un ambiente tan poco ferroviario.

Cardos y ababoles. Avena falsa, ortigas, hierbas canas, milenramas y llantenos por los ribazos. Las últimas fumarias. Pálidas hierbas de San Juan. Bajan desde Noain unas mujeres macizas de sol y de carnes. Motor Ibérica, y el vuelco de la memoria sobre la huelga general de 1973, epopeya entonces, hoy lejanía. No hay nadie en los balconcitos semiesféricos de este pueblo atravesado por la carretera, el ferrocarril y el pasillo aéreo, atravesado a la vez por contiendas vecinales.

Descansamos a la sombra de unas casas nuevas, feas como casi todas. Cruzamos la carretera de Monreal y tomamos el empinado camino que lleva a Tajonar.

Está fresca y abundosa la Sierra de Alaiz, la más meridional del Subpirineo navarro, frontera geológica y bioclimática, según los sabios, hasta donde llegó el mar eocénico, **in illo tempore**. Más cerca, un conjunto residencial de casitas como de gnomos. Mejor cerrar los ojos para no ver lo que en esta parte del pueblo han puesto.

Seguimos bajo la Sierra de Tajonar y caminamos ahora sosegadamente por este paseo de lujo que es la ronda del Valle de Aranguren. Zolina tiene el color terroso del pueblo colonial y colonizado que ha sido. Labiano es un jardín en honor de Santa Felicia. Góngora tiene aún la cresta erguida del señorío que fue. Valle de las siete, ocho, nueve colinas, hasta donde bajan las hayas norteñas.

Caminamos entre álamos blancos. Los chopos lombardos pespuntean vaguadas y barrancos. Flores por doquier. La largirucha esparcilla, la malva peluda y purpúrea, la arveja silvestre enredadora con sus zarcillos, la gatuña, el rosál silvestre, el trébol encarnado, las mimosas con color a mimo... perfuman la tarde y hacen las delicias de los caminantes.

Vemos a un lado la portada gótica de Ardanaz, por donde asoma el Valle de Egüés, y a otro la laguna de Badostáin, toda ojos bizcos desde aquí.

—¿Por aquí se va a la laguna?

—No, por ahí.

Pero el camino no lleva a la laguna. Llegamos a las cercanías de Labiano y tenemos que volver. Otro día será. Al menos, vemos habales que ya perdieron la flor, y alfalfas suaves y verdejas. Y hacemos levantar una alondra ondulante y armoniosa.

Desde el Miravalles hasta la Sierra de Sarbil se recortan los montes en

la pizarra borrosa de la tarde, lejanos y evocadores, vaciados de densidad, desvaídos en la azulina del atardecer. Parece un cuadro de Salaberri o de Azketa. Nos quedamos mirando.

Pasan unos mocetes en bicis que nos sacan de nuestro atolodramiento vespertino. Dejamos Sarriguren, con fiemo a la entrada y con rosales dentro, junto a las nobles, sufridas piedras.

Y por Olaz y Villava entramos en Pamplona.

Hemos rodeado la ciudad con un largo abrazo de belleza.

VISPERAS DE SANFERMINES

Son las vísperas.

Están ya perfectas, acabadas, las hojas de los olmos y de los castaños del Bosquecillo de la Taconera, y primorosamente acabados los adolescentes que pasan, en grupos, con el pecho en proa de futuro, al aire de la vida, ofreciendo tensos racimos de julio.

Todo Pamplona se abre en vísperas. Suenan a vísperas. Huele a vísperas. Toca a vísperas. A vísperas sanfermineras.

Hay por las calles de Pamplona un clima de estrenos. Las voces son más altas, los corrillos más vivaces, la mirada más fija, la luz de la tarde tiene un color de piedra vieja o de cristal oblicuo, como haciendo juego de gozo y disimulo.

Por la Estafeta cuelgan boinas, camisetas y pañuelos sanfermineros, trofeos de la victoria sempiterna de la vida, amuletos bendecidos por la historia, prestos a contagiar de temblor y de fiesta al dichoso mortal que los exhiba.

Los troncos numerados del vallado del encierro están ahí, como mojonnes que bordean el hondo cauce por donde ha de pasar el torrente de la vida y de la muerte, el relámpago heridor del vértigo, en forma de cuerno de toro, que atravesará fajas y pañuelos de la mocina, corazones suspensos, ojos de llaga y labios de fuego amanecido.

Desde algunos balcones de las calles viejas de San Nicolás y San Gregorio se escapan músicas de boda, que predisponen los ánimos del encuentro con la juventud perdida, con el amor difícil, con la alegría cada vez menos barata.

Atardece sobre la Media Luna y sobre los fosos del Redín, tan lentamente, que parece como si, de un momento a otro, hubiera de pasar algo, inédito, solemne y transfigurador. Las gentes maduras vuelven por la calle Mayor y el Paseo de Valencia a paso breve, entre decepcionadas y satisfechas porque no ha pasado nada.

No. No pasa nada. Pero pasa la secreta espera y esperanza de las vísperas de fiesta. Cuando todo hace arco tieso de sorpresa y de prisa a

lo que va a llegar, a lo que está en trance de acontecer.

Y en Sanfermín puede acontecer todo: la confirmada amistad entre los compañeros de la charanga y de la peña; la bendita paz, tras el trajín distanciador de los meses de trabajo; la aventura entre la niebla de la música nocturna o tras la fronda sospechosa de la forastería y la excepcionalidad; el amor, que se sostiene contra la frontal agresión de las mil competencias o bajo la aparente candidez de un hallazgo nunca programado; el hijo que frutece al fin en el arranque súbito del impulso o tras el encanto de una ráfaga sentimental; la muerte, entre imprevista y presentida, frente a los toros; la vida, en fin, a cada paso, ya sin la máscara del medio, del miedo y de la medida de costumbre.

Imperan las horas en el lúcido reloj de la iglesia de San Lorenzo. Parece como si la calle Mayor se esforzara a cada momento por ensancharse: para que pasen los gigantes y cabezudos, para que no ahoguen las jotas y los dulces silbos del txistu, y para que San Fermín, sus canónigos y sus concejales no se encalen mitras, bonetes y chisteras, y no se arruguen sus mucetas y levitas.

La Plaza de Recoletas se sienta bajo los castaños en sus bancos pintados de tercera edad, jugando a los cuatro chorros de la fuente neoclásica de Luis Paret. Y el gigante coso taurino se traga en sueños éxitos y fracasos, espejos furiosos de sol, desfiles de aplausos y un calendario reciente de sangre, sudor y lágrimas.

Larga espera para tan corto y goloso disfrute de los Sanfermines. Tenso encuentro de un pueblo fronterizo, vigoroso y luchador, entre ascético y epicúreo, que se enfrenta con los totem de la vida y de la muerte —el sol, la piedra, el árbol, los toros—; que se enfrenta con su capacidad cada vez más frágil de convivencia, y sobre todo con el enigma infranqueable de sí mismo, que parece abrirse a ratos con un abrazo al cuello, con el último vaso de vino, con una ronda al atardecer, con una gimnasia de ruidos y silencios, con unos besos estudiados o aturdidos.

¿Qué va a pasar? Va a pasar la fiesta. La fiesta milenaria, que desafia, estremece, desborda, supera, recrea a los hombres y hasta a las cosas.

Son las vísperas.

LAS DOCE DEL SEIS DE JULIO

*Las doce del seis de julio.
Plaza del Ayuntamiento.*

*La mañana rojiblanca
se ha desabrochado el pecho.*

*Un toro barroco espera
que le suelten el resuello.*

*Banderas y recamados
emplazan la luz y el viento,
y se despeña en el aire
un vendaval de pañuelos.*

*Hay un temblor en el alma
de espera, de gozo y miedo.*

*Llega el reloj, y la fiesta
se suelta por fin el pelo.*

AY, ROJO TORO DE SANGRE

Ay, negro toro de pena. Ay, rojo toro de sangre. Toro naranja de arena. Ay, toro azul de altos cielos.

Te vi ayer subir por el crepúsculo verde de la Rochapea, lucero oscuro de prisa y alboroto, nublar el Arga y perderte en las frondas de la noche festiva y misteriosa.

Te he visto hoy atravesar las calles de Pamplona, como un trueno de tormenta mañanera, tras el relámpago del cohete, asustando a las gentes, electrizadas de júbilo y de miedo.

Pero ahora estás solo, en esta plaza inmensa y alocada, corral inédito, dehesa amurallada, cielo empequeñecido. Solo y extraño como una pieza prehistórica recién encontrada; como una presa única, perdida al fin a los pies de los cazadores.

Porque tú eres prehistoria. Eres el viejo tótem de nuestro **saltus**. El superviviente de aquellas razas de animales y de hombres hechas al hambre, al frío y al fuego, a la lucha feroz de cada día, a la huida, a la defensa, al asalto, a la muerte prematura. Miles de años han dejado su huella sobre ti. Todos los colores son tuyos. Todos los olores y todos los dolores.

Negro toro de invierno, azul de primavera, rojo de verano, naranja de otoño.

Hace mucho tiempo que los hombres aprendieron a engañarte, a cazarte, a devorarte. Pero guardan también, de padres a hijos, la vieja costumbre de rendirte culto, porque eres el más fuerte, el más ágil, el más feroz.

Azul de cielo, naranja de lunas, rojo de pasiones, negro de duelos.

Te buscaron un campo parecido al que pastabas. Lo adornaron con todos tus colores de siglos. Trajeron la arena de las orillas de los ríos que limpiaban tu sed, de los secarrales donde dabas cuenta de tus enemigos. Eligieron días de sol, el otro dios que un día te hizo sombra, tu más fiel compañero de vida. Pusieron músicas alegres y rítmicas que recuerdan las danzas con las que aprendieron a prenderte, con las que pensaban aplacarte y eternizarte. Y vistieron de mago mágico al hombre que iba a continuar el rito de tu apoteosis y de tu muerte.

Ayer, por la noche, y hoy, por la mañana, fuiste, como antaño, el protagonista. El más fuerte, el más ágil, el mejor armado. Ahora, quien va a acabar contigo, al celebrarte como el animal más bello y heroico, celebrará, entre aplausos o pitos, la primacía y la victoria del hombre sobre ti, de la inteligencia sobre el instinto, del arte sobre la fuerza.

Porque eres un símbolo ejemplar de la historia del hombre, no puedes faltar en nuestras fiestas populares. Somos un pueblo tradicional y apegado a la historia que nos hizo. Un pueblo que, a recio golpe con su destino, conserva la memoria telúrica de lo que primigeniamente fue, tal vez para superar su oscuro origen, tal vez para no olvidarlo nunca del todo.

Toro-naturaleza, toro-universo.

Naranja y azul, rojo y negro. Toro de aire y de agua, de fuego y de tierra con sangre.

Toro-hombre, toro-antihombre, sin el que el hombre no puede pasar, porque no puede pasar sin el hondón más remoto y bronco de su estirpe.

Ay, negro toro de pena. Ay, rojo toro de sangre. Toro naranja de arena. Ay, toro azul de altos cielos.

FIESTA DE UN PUEBLO LIBRE

Los Sanfermines son la fiesta de un pueblo, mucho más que un pueblo en fiestas.

La fiesta de un pueblo, el navarro, que no quiere dejar de serlo, y que cada año ritualiza solemne y públicamente lo que ha sido, es y quiere seguir siendo.

Un pueblo que, por si acaso, grita y celebra su realidad, la recuerda, la proclama y la anuncia. Casi diríamos que la promete y la jura por sus vivos y sus muertos.

Ven amigo, navarro despistado, turista inquieto, extraño visitante. Mira este pueblo viejo, duro, primitivo, descendiente de hombres que vivieron en cuevas, entre glaciares; en selvas, a la caza de narsicornios y paquidermos. Hijo de negroides blancos de Cromagnon y de bronceados vasos indoeuropeos.

Hacen lo que siempre han hecho cuando tenían que defenderse de enemigos constantes, porque son hombres de frontera por todos los lados. Brincan, saltan, cantan, bailan celebran un triunfo o se preparan para alcanzar el siguiente.

—Mira, mira. Los colores que les gustan son los colores vivos de cada día. El blanco de la luna, su vieja y adorable Maitagarri, y el blanco de las nubes que los cubren casi siempre. El verde del haya y del roble, de la coscoja y del boj, del trugal y de la viña. Y el rojo de la fruta madura y de la sangre del sacrificio que les hace vivir y revivir.

—Les gusta comer mucho y bien lo que la tierra les da y la tierra les exige. Cerdo y cordero. Y pimientos. Y pan. Y vino bronco antes y después. Porque son hombres del frío y del trabajo tenso. Y de músculo prieto, pieza de coraje y de disposición inmediata.

—Mira esa continua explosión de alegría y de libertad, de calor y de color, de ruido y sonido. Es una demostración de identidad. Un rechazo de la monotonía, de la frialdad, de la confusión y el descoloramiento de un tiempo que se disfrazaba a veces de internacionalista y terráqueo. Es una celebración étnica, entre lúdica, laica, religiosa y metafísica.

—Ese “riau-riau” interminable, tribal y orgiástico, ¿qué es más que

signo de una danza ancestral, hace poco reconocida, de este largo pueblo? Irrintzis, relinchos de caballo, aullidos de lobo, cantos de milano, silbos de pájaros, gritos de amor y suspiros de dolor por la noche. Todo un pueblo conjurando peligros y asechanzas, y reuniendo entorno a sí montañas con nieve y campos fértiles, el **ager** y el **saltus**, la bondad y la belleza, las ganas de vivir.

—Y tras la procesión de San Fermín —el evangelizador cristiano—, herida de txistus y jotás, otra vez el grito y el ruido, la campana y el estruendo, la txaranga y el bombo.



—Porque la procesión sigue. Todo es procesión en estas fiestas. Porque es rito y ritual. Expresión pública y reglada de un pueblo entregado a las causas últimas del vivir. De tres en tres o de cinco en cinco, o en mogollón de ceremonial. Con el pendón o el letrero o el cartel. Con la banda adelante o detrás. ¡Qué más da! El ritual sigue siempre. Porque es la liturgia del pueblo, que ha sido siempre, y más a la defensiva, unido y compacto, colectivo, unitario, común.

En el “encierro” —la procesión más rápida, la marcha militar más embreada— los mozos son ligeros, amigo turista, amigo visitante. **“Vasco**

levis", decían los romanos de sus antecesores. "Les estorban el casco y las armas", para luchar contra los romanos, escribió Silvio Itálico. Ahora no llevan más que camisa y pantalón, una faja para ceñirse mejor los lomos y correr más holgadamente, y un pañuelo festivo, recuerdo tal vez del cuerno del cazador y del guerrero, y que es hoy atuendo alegre, sello distintivo de gracia y donaire.

Las viejas y feroces armas se reservan sólo para el toro, animal totémico, prodigioso todavía —desde el Asia Menor de nuestros progenitores—, símbolo vivísimo del enemigo a quien se le respeta y admira, pero a quien se le encorre, se le burla, se le mata al fin celosa y rítmicamente, repetida e irrepetiblemente. Las **azkonas** y las **ezpatas** se usan sólo ahí, fuera de algunas danzas guerreras que se bailan estos días también por las calles de la vieja Iruña, Pompelo y Pamplona. El torero, hombre tan extraño y, sin embargo, tan cercano a los mozos de las peñas, es el sacrificador nato, ligero de cuerpo, resuelto de espíritu, presto a todo, héroe sin par, sabio en el arte de aplacar a la divinidad de la sangre, del terror y de la muerte.

—Oh, el toro, el Hércules vascón, el Basajaun de la feria, mítico y fatídico, divinidad-humanidad viril y ceñuda, a la que es menester aplacar y doblegar, sacrificar y celebrar, y engullir al fin, para volver a empezar la fiesta, a correr y a gritar, a tocar el cuerno de la caza de la vida y de la muerte.

—Y si no sólo el toro muere en la fiesta, sino también el hombre, el rito entonces cobra nuevo vigor y temple. Y se hace más hondo, más real, más alto. Y exige entonces nuevos esfuerzos, nuevas victorias, nuevos rituales.

Fiesta de un pueblo libre, que a muchos les parece brutal y no les gusta nada. Y ¿por qué tiene que gustarles?

¡QUE SANFERMINES DE SANGRE...!

(8 de julio de 1978)

*¡Qué Sanfermines de sangre
por el toro de tu cuerpo!
¡Qué pezuñas de metralla
por la fiebre de tu "encierro"!*

*Pañuelos de viento rojo
arrebataban tus sueños.
Mil puños de rebeldía
levantaban tu resuello.
La tarde se puso torva
por la pólvora y el miedo
y la plaza de la muerte
fue de lucha cuerpo a cuerpo.
Las calles se hicieron selva.
El odio apagó luceros.
La sangre saltó a las manos,
las manos se hicieron cepos.
Los fusiles imponían
su ley de terror y cieno.*

*Una bala te rompió
la vida como un espejo.
Mugieron todos los toros
que pastaban su degüello.
Toda la historia navarra
regoldó sus cementerios.
Olía a toro la sangre.
Olía la noche a muerto.
Era toda la ciudad
un funeral descompuesto:
tumultos y barricadas,
catafalcos de silencios.
Te llevaste nuestras fiestas
en tu luto sin aliento.*

*¡Qué Sanfermines de sangre
por el toro de tu cuerpo!
¡Qué pezuñas de metralla
en la fiebre de tu "encierro"!*

EN LAS BARRACAS

Nos quedamos los siete con la boca abierta mirando el "Katapult", máquina formidable y voladora, la más reciente y atractiva de la Feria. A nuestras espaldas, una tómbola, una de las innumerables del Ferial de Yanguas y Miranda, da la tabarra anunciadora y propagandera, sin parar un segundo:

- A por otro regalo.
- Ahora sale una yogurtera.
- Este señor tiene la tarjeta ganadora de las tres fresas.
- Hala, vamos a por ellas.

Y así.

En las alacenas, sobrecargadas, y colgando por todas partes muchos animales de peluche: osos, gatos, perros..., y muchas muñecas. Radios y televisores.

Seguimos mirando, entre pasmados y compasivos, a los que se atreven a amarrarse "al duro banco" de la máquina volante y llegar hasta la clave del tirabuzón, a veinte metros de altura, y pasar, boca abajo por ella, y, hale, otra vez. Son ellas y ellos, adolescentes en su mayor parte, las cabelleras sueltas como bandoleras. La Tómbola no para:

- Todo son regalos.
- Sólo al que pica toca.
- Sólo el que juega gana.

Lo que no deja de tener una lógica apabullante.

El sistema japonés de raíles funciona en el "Katapult" igual de bien que en el Japón.

A Iñigo, que es el más alto y fuerte, le gustaría probar, pero al fin no se atreve, y, además, se le ha olvidado el dinero en el coche. A la que no le importaría nada, si le acompañáramos, sería a María, la benjamina del grupo, que se ha venido con su hermano, su chándal rosa y unas playeras todo terreno.

Para ellos está la noria, enorme rueda vertical de hierro ligero y largos ejes blancos, que se va enrollando lentamente al último sol de la tarde; madeja de aires y de ilusiones que vuelan; trampolín redondo de cincuenta metros de alto; molino urbano que muele los ahorros de los chicos y los grandes, y también los deseos de dejar pisar la tierra en que vivimos, nos movemos y somos.

Esta vez nos quedamos tres en tierra, los dos mayores y Alfredo que, como diría su bisabuela materna, es “más falso que la chaqueta de un guardia”.

—Adiós, ciao, ciao...

—Ciao, adiós...

Y la noria los levanta como una ola robusta de viento. De pronto, los deja allí arriba, en sus frágiles cangilones o asientos, suspendidos, para que vayan llenándose los de abajo. Recuerdo el miedo que pasé, una tarde ya lejana, en Montjuich, en una noria como ésta, cuando se desarregló no sé qué chisme y nos quedamos viendo Barcelona. ¿Viendo? Pudiendo verla. Tanto fue el miedo, que nunca he vuelto a subir a un juguete de éstos.

Ni siquiera a la noria Ferris, en el Prater de Viena, la célebre “Riesenrad”, uno de los símbolos de la ciudad y escenario inolvidable de **El Tercer Hombre**. Construida para la exposición universal de 1897, mide 67 metros de altitud, pero sus asientos son más seguros y amplios y la noria tarda veinte minutos en dar la vuelta entera.

Se mueve de nuevo la mágica circunferencia.

—Adiós...

Pero Belén pasa una y otra vez con la cara color cebolla. Grupos de chicas y chicos esperan el turno mordiendo y chupando unos casi invisibles ovillos de “algodón” con color y sabor de fresa.

Después de la noria, hay que tocar tierra. “El juego de las bolas” nos seduce de buenas a primeras. El altavoz hace un ruido insoportable:

—Son bolitas de colores.

—Cada color tiene su puntuación.

—El juego de la lotería.

—La gran novedad de la Feria.

Pero a los muetes les gusta más el “Salón de Tiro Dantel” que el rollo de las bolas.

Somos los únicos tiradores del “Salón”. Mi primer perdigón semivaciado en una medalla dorada, que confundo con el objetivo.

—No, no, tiene que darle al palillo.

—Bueno, hombre...

Iñigo y Alfredo son mejores tiradores que yo, que tampoco he hecho la "mili", y se llevan unos larguiruchos muñecos de trapo.

Nos encontramos con uno y con otro:

—Hola, ¿cómo por aquí?

—Pues ya ves...

Y seguimos los siete recorriendo el Ferial, todavía limpio, que huele a aceite de churros, abriéndonos paso entre el ruido espeso, hecho de altavoces, músicas fuertes y gritos de la gente que quiere dejarse oír. Hay mucha gente joven de Pamplona y de alrededores. Otra tómbola, también llena de peluches, anuncia lo suyo:

—Todos los juguetes son de casas mundialmente famosas.

—¿Cuánto le damos, señora?

Pasamos junto a una tienda de vinos que se llama nada menos que "Perla de Aragón", muy vistosa e iluminada, y junto a una churrería que nos da el picorico.

—¿Cuándo vamos a cenar? —pregunta María, que necesita una actividad sin pausa.

—Luego, cuando terminemos de ver, le contesta Charo, que hace de madre de todos.

Y en eso que encontramos una especie de buzón de cartón piedra, informatizado, donde una quiromanta invisible lee la mano del ingenuo o curioso o humorado que mete la mano abierta en la ranura. Las adivinadoras de carne y hueso han sido sustituidas ahora por estas informáticas, más relajadas: "Leo tu mano por 200 ptas." Todos quieren ser leídos, pero sólo Belén, que ya es moza y con novio, tiene en la mano los redondos óbolos dorados que hacen posible la lectura: "Carácter irascible (...) Encontrará el amor sí..." Todos quieren leer la enigmática respuesta, que admite mil lecturas, sabia trampa secular de todos los adivinos y adivinas que en el mundo han sido. Pero Belén se aleja sola con el papel.

Dejamos a un lado todos los espacios reservados a los niños, porque nosotros, los siete, somos muy grandes y muy mayores para esto. Atrás quedan, pues, aunque con un poco de nostalgia, los caballitos, patos, burritos, barcos donde se divierten tanto niños como padres, tanto padres como niños.

En el "Black Jack" fracasamos como grupo. Ni Javier ni María ni los que se empeñan en pinzar un anillo y luego una baraja, se llevan prenda.

—Venga, vamos a los autos de choque.

Y en los autos de choque nos pasamos un buen rato, como todos los años, y no se nos hace hora de irnos. La música es aquí superdecibélica, estruendosa, rock más duro aún, y nuestro lenguaje es el grito guerrero, el grito pelado, y la mímica, que es el lenguaje de los mañosos. Nos montamos en los coches de dos en dos —¡ojo con la rodilla!— y es como si embarcáramos en una nave de guerra o galopásemos un caballo de batalla.

—Zis, zas.

—Venga ya.

—Ojo, bonito.

—Dale más.

—Corre, hombre.

—Devuélvele.

—Ahí voy yo, vas a veeeeeeer...

Y hala, a la guerrilla del choque, entre grandes risas y algún susto.

Cuando suena la sirena, le dejo el sitio a María, que ya no podía aguantar más de espectadora. Encuentro a Koldo, que anda por aquí con dos hijos.

—¿Los mayores? —le grito.

—No, los pequeños —me vuelve a gritar.

Ante el “Enterprise Trys”, reclamo norteamericano sin duda, me ablando viendo la plataforma rodante con asientos y los viajeros tranquilos y serenos, y cojo dos billetes, para Belén y para mí. Pero cuando veo que el artefacto se pone vertical y que los asientos son cabinas de astronautas, me vuelvo atrás.

—Toma, para otro día.

—Sí, sí, mejor.

Los cuatro pequeños se suben luego a la montaña rusa, que no es tan espantable como otras que uno ha visto por ahí, y los mayores nos vamos a refitolear un poco por los alrededores. Pero el viaje dura poco y no entusiasma mucho a los viajeros.

Javier, Iñigo y Alfredo prueban suerte en un tiro de muñecos. Hay que dar con una pelota de trapo a tres monigotes de madera sobre una amplia plataforma y derribarlos más allá de ella. Derribar a uno es fácil, y aún a los otros dos, pero tirarlos más allá es pensar en lo excusado. Así que, nada de nada.

Más emocionante nos resulta el “The Camel Show”, en inglés natural-

mente. Hay mucha gente mirando, pero poca pagando. Nos ponemos los siete en primera fila y nos entretenemos con las bolas, mientras cotorrea la señorita animando al personal. Va a comenzar la carrera. Se ilumina el tabladillo. Comienzan a avanzar los camellos, que de suyo son lentos.

—Venga, empieza.

—Dale.

—Que no puedo.

—Más, venga.

—Que te quedas el último.

La señorita del altavoz denuncia que el número cinco está jugando incorrectamente, porque, en vez de echar las bolas a los agujeros, las mete con la mano.

—Que es el tuyo, tío.

Como grupo obtenemos un modesto lugar. Nuestros camellos, y el mío sobre todo, necesitan un más frecuente entrenamiento.

En el “Gusano Loco” descansamos después de tan tenaz y veloz esfuerzo. Es un juguete suave, incluso para miedosos, aunque, según Charo, eso de que el tolo nos cubra al primer movimiento, es, por lo visto, insoportable.

Terminamos en el “Castillo Diabólico”, pero sólo cuatro, porque a los otros tres les da miedo o repeluzno. Es un paseo loco y tortuoso por entre un laberinto de tenebruras, con monstruos, cadáveres, verdugos ensangrentados..., que van apareciendo y desapareciendo en un abrir y cerrar de ojos tras unas leves cortinillas, todo entre ruidos mitad infernales y mitad barracales. Pero María termina el viaje tan fresca y tan campante.

Así que las hamburguesas, las salchichas, el salchichón y las patatas fritas, a precios tan altos como la noria o los decibelios de los altavoces y de la música, apenas si pueden compensar tanto desgaste.

Si la cuenta no nos hubiera helado brevemente la sangre, el segundo bocadillo estaría al caer.

SIGUIENDO A LOS GIGANTES

Están regando los jardines de la Ciudadela y los que quieren seguir durmiendo tienen que subirse a los bancos.

Junto al hotel de los Tres Reyes, unos mozos duermen a pierna no suelta dentro de un coche.

No hay manera de llegar hasta la capilla barroca-neoclásica de San Fermín en esta mañana de la Octava del Patrono. Uno se contenta con recordar que en su construcción tomaron parte muchos navarros, desde los indianos con sus doblones hasta trabajadores anónimos con pico y pala. Y recuerda también con humor que un mal día de 1823 la incendiaron los "Cien Mil Hijos de San Luis", al bombardear la Pamplona constitucional.

Ya vienen por la calle Mayor los timbaleros y van juntándose los músicos de la Banda Municipal vestidos de gala. Ya sale el Ayuntamiento de la iglesia de San Lorenzo, seguido por la Guardia de Honor.

Vuelve la comitiva municipal por la misma calle, la más bonita de Pamplona, larga, estrecha, alta, solemne y vecinal, artesanal y burguesa, comercial e ilustrada, con alguna que otra colgadura municipal, tiestos con geranios y petunias, poca gente en los balcones y mucha en el santo suelo, tras los Gigantes y los munícipes.

Van los Gigantes lejos, allí delante, meciéndose con ritmo temblón, contentos porque están en su ambiente, midiéndose con la vieja ciudad para la que fueron hechos. Cuando salen del Casco Viejo, están como despistados, les hace daño tanta luz y les marea tanto urbanismo desmedido.

Voy mirando casas, escudos, comercios, vantanas y balcones. El letrero más lejano y medieval me parece ése que dice: "Educación y Descanso. Hogar del Productor".

Al pasar junto a la iglesia de San Cernin, nos viene un vaho de arte gótico.

Van muchos padres jóvenes con niños. Vamos todos tan juntos que nos oímos todo. No hay secretos aquí. A mi derecha, unos hablan de política municipal y a mi izquierda de microeconomía.

Al llegar a la plaza del Ayuntamiento, se nos echa encima un calabobos fino que dura unos minutos. Los Gigantes se colocan en dos filas, cara a cara, haciendo un camino real para que pase el Ayuntamiento y los que le acompañan.

Creados por el pintor Tadeo Amorena en 1860, son los Gigantes los representantes de la ciudad de la fantasía, siempre muy por encima de la ciudad de la realidad. Reyes constitucionales de las fiestas, de los niños y de los grandes, encarnación festiva y callejera de los Reyes Magos, que sólo se deja ver durante unas horas, son elegidos, años tras año, en votación espontánea, ruidosa y unánime, por todo el pueblo de Pamplona. Son lo grande, lo extraño, lo inhabitual, un poco también lo cósmico y lo celeste. “Al estar con esos grandullones —escribe un niño de Pamplona—, me siento pequeño, pequeño”. Y otro: “Los Gigantes son tan altos como los árboles”.

Tengo enfrente a los cuatro Reyes de la baraja Sanferminera: el Europeo, más bien español; el Asiático, más bien turco; el Africano, árabe más bien; y el Americano, que es más negro que el Africano.

No me extraña que cuando los llevaron a Nueva York, en 1965, pudieran entrar éste y no aquél, por aquello del racismo.

Al Español le delata el toisón de oro y el emblema de la Orden de Santiago. ¿Hay algún rey europeo que los lleve? El turbante con la media luna y al alfanje revelan bien al sultán otomano. (El año en que nacieron los Gigantes iruñeses fue el último del reinado del reformador Abdülmecit, muy ligado a las potencias europeas).

Pasa una charanga por la calle de San Saturnino:

*Que te ha pillao
que te ha pillao
que te ha pillao
el carrico del helao..*

“El Barbas”, además del alfanje de la guerra santa, viste la usual indumentaria árabe contra el sol y el polvo de los desiertos. Y el Americano, alto y grueso de sesenta y seis kilos y medio, lleva las plumas de hojalata dorada sobre la cabeza, y a sus espaldas el arco y el carcaj, todo tan típico de los “pieles rojas” de los relatos del Oeste.

Los Gigantes fueron un día símbolo de los pueblos y de los poderes de la tierra, que rinden vasallaje al Dios Nuestro Señor de las catedrales y de las procesiones donde nacieron: también en Pamplona, ya en el siglo XVI. Otros dicen, pero me parece más improbable, que fueron símbolo del mal y de los poderes maléficos de la tierra, que huían ante el Santísimo.

Bailan los danzaris del Ayuntamiento, pero desde aquí no se ven ni se

oyen apenas. La gente comienza a impacientarse porque los Gigantes no se mueven.

—¿Pero van a estar ahí toda la vida?

Los ediles salen al balcón, algunos con la chaquetilla quitada, relamiéndose los labios de los bocadillos que comen y de las copas que beben ahí dentro. Nos entra a todos el hambre y la sed. Otra fanfarria entra en la plaza, y los ojos y los oídos de la gente se van tras ella:

*Qué buena estás María,
María, María...*

Por fin se mueven los Gigantes y bailan un vals. Estos Gigantes que han bailado mil veces delante de reyes, visitantes, obispos, Vírgenes antiguas, porque se inauguraba la luz o se derribaban las murallas, cuando se proclamaba la Monarquía o la República, o con ocasión del final de las guerras, bailan ahora delante del Ayuntamiento democrático, delante del pueblo sanferminero de Pamplona en la Octava de San Fermín. Hoy es San Fermín, grande o chiquito, el único personaje que los saca a la calle y ante el que se rinden estos mozzallones y mozzallonas. Se acabó cualquier otra subordinación.

Salen los Gigantes de la plaza al ritmo de los cuarenta y tantos compases de un pasacalles, o correcales, o kalejira o beribilketa, que tocan los dulzaineros o gaiteros, que van detrás de cada monarca y los txuntxuneros o txistularis que acompañan a la última reina. Un zaldiko anda retrasado por la calle Mercaderes, con su gorro arlequinero y su esclavina de bufón.

Desde aquí hasta la Estación de Autobuses es una marcha irregular, cada Gigante a su aire, al aire que le tocan, siempre dentro del orden desordenado de la Comparsa, siempre en danza suave, redonda y airosa. Una marcha, no un desfile.

Los padres llevan a los chicos en hombros y las madres de la mano. Los chicos se ven altos, gigantescos casi, y los padres también más altos y fuertes que nunca. Un chiquillo besa la falda de un gigante, como si fuera un santo.

Chispea. Adelante van, pero no los veo, los cinco Cabezudos, con el "Alcalde" a la cabeza, y los seis kilikis, que limpian de chavalería con las vergas el camino.

Por la Chapitela vamos un poco más desahogados. Las gotas que comienzan a caer asustan a unos y ladean a otros. Vamos un poco más aprisa. Los gaiteros siguen tocando correcales. Me sacan una y otra vez la alpargata. Lo malo no es eso sino cómo metérmela antes de que te la saquen otra vez. Hoy nadie dice nada. Todo es normal.

Llegamos a la Plaza del Castillo. Sale un poco el sol, pero bizquea y se va. Los plátanos se mueven no sé si al vienteccillo fresco o al aire de las faldas de los Gigantes. En el Iruña hay algunas gentes que ya toma-

ban el aperitivo en tiempos de Hemingway. Junto al viejo café suizo pasa la Banda del Ave María, con su estandarte, que le da fuerte a aquello de:

*La Madeleine
es mi gloria y mi vida.*

en versión años veinte, o

*A Madeleine
le gusta mucho el vino.*

en versión más reciente.

Aprovechando la paradas de los Gigantes, los chicos se meten bajo sus faldas, entre el caballete de pino, para ver las entretelas masculinas o femeninas del corpachón real. Ya digo que los Gigantes son la versión laica y desmisterizada de los Reyes Magos. Lo que pasa es que cuando comienzan a andar y sobre todo a bailar, a los chicos se les olvida lo que han visto por abajo y sueñan en lo que ven por arriba.

Recuerdo a Ignacio Baleztena, otro mito sanferminero, al pasar junto a su casa. En los balcones del segundo piso de la Diputación unas mocitas bullangueras juegan a ver y a dejarse ver. Pero la langarra les obliga a cerrar pronto un balcón.

El rey europeo-español da una vuelta por detrás de la estatua de los Fueros y toda la comitiva real enfila la calle derecha del Paseo Valencia-Sarasate. Los Gigantes ven bien lo que queda en la tómbola. Nosotros sólo vemos balones y bicicletas. La estatua de los Fueros, como es aún más alta, nos deja pasar a todos, como una guardiesa solemne y foral — un poco despectiva— de circulación en día de fiesta.

Ahora tengo por fin ocasión de ver, desde la acera de San Nicolás, a las Reinas de cerca. La española-europea (que ya estamos en la CEE), con su mantilla y todo, como para disimular, y, además, con abanico y ramo de flores. ¿Qué busca la sultana con su farol? ¿Estaba acostumbrada a recorrer con él los largos pasillos o las cámaras secretas y fascinantes del Topkapi?

Frente a Correos, y junto al kiosko, los Gigantes se echan para atrás por no darse con los cables que llevan la luz a las tiendas y establecimientos que han puesto en el Paseo. ¡Ay, esos dátiles tan ricos!

Qué modesta, acostumbrada al harén, es la reina árabe. Cuando baila con sus belicoso esposo, la larga capa crema al viento, no es fácil ver su bello rostro humillado y aceituno.

Francisco Apezteguía, nacido en mi pueblo y en mi calle, encargado de la Comparsa, anda dando explicaciones, alguna muy severa, a quien por no sé qué tropiezo circunstancial, se le ha subido a las cejas.

—Demasiadas explicaciones, abuelo.

Sale un solecillo pícaro, que pica un rato.

Ahí detrás baila la reina apache al son del txistu. Sus aretes exóticos hacen de contrapeso a las tres plumas doradas de hojalata que le mantienen erguida la cabeza. No sé por qué, me acuerdo de aquel bailaror legendario de Gigantes, Pedro Trinidad, a quien J.M. Pérez Salazar llamó en su verso "pies de plata".

Hay un mogollón de gente a las puertas de la estación. Nos veremos unos y otros.

—Tanto tiempo sin verte.

—Ya ves, a despedir a los Gigantes.

Vuelve el zir-zir. Por querer tener un sitio dentro, me pierdo la polonesa que bailan sus majestades gigantonas a la entrada.

Mira por dónde, la estrecha y torva estación que tan poco me gusta otros días, corral de autobuses, vieja y despintada, llena de ruidos y de poca luz, hoy me parece tan gallarda, llena de colores, viva y festiva, con el verdeamarillo de su osatura de hierro y su gracioso balconcillo corredor, en el que los kilikis, Barbas, Coletas, Napoleón y Patata, se despiden de la gente echando caramelos y globos, y limpiándose lágrimas de cartón bajo su bicornio. Caravinagre y Verrugón no han podido subir a la despedida porque sus sombreros nos les dejan pasar la puerta.

Encima de nosotros está Napoleón, el más simpático de cara, quizá por haber sido emperador, que no para de saludar y de echarnos caramelos. Me tocan literalmente un polo color rosa y un caramelo de menta.

Entran los Gigantes en la estación, cuatro por cada andén. Durante tres cuartos de hora no paran de bailar valeses y kalejiras, no paran de inclinarse y dejarse besar por los niños. Ellos no besan: serían besos demasiados grandes.

Napoleón tira los últimos caramelos y globos, y se va.

Entran por un andén, poco a poco, retraídos, tres autobuses de **Conda** y, por el otro, una **Estellesa**.

Suena el último pasacalles, que parece triste. Los dulzaineros dejan de tocar. Ya no hay nadie en el balconcillo corredor. Los Gigantes comienzan a desfilar —esta vez a desfilar, sí—, hacia la puerta de su veraneo, hasta Sanfermín chiquito. Un gran rebullicio en la chiquillería y en el resto del gentío que abarota la estación. Nadie canta el "pobre de mí", no, eso no. Cada rey y cada reina, antes de entrar en el pasillo de la nada, de la fugacidad del sueño, se inclina para despedirnos y se da la vuelta. Muchos aplausos. Nadie se atreve a sacar la lágrima llorona. Si no, todos lloraríamos un poco.

Los autobuses **Conda** y **La Estellesa** avanzan hacia sus sitios de costumbre. Salen a las tres de la estación.

Son las dos y cuarenta minutos del día 14 de julio.



POR EL CAMINO DE SANTIAGO

Llegamos ayer por el puente medieval de la Magdalena, y los arcos se apuntaban-aupaban un poco sobre los tajamares, en un gesto de coque-teo senil, de cierta dignidad esmerada, como monumento nacional que son.

Salimos hoy a las 7,45 del recinto de las piscinas de Aranzadi, rincón verde y agua donde rezuma la frescura de esta noche de lluvia después de los calores de ayer. Está el cielo lleno de nubes grises y le recomiendo a Marcelino Oreja un jersey.

Saludo a lo guardias municipales que nos cuidan la salida.

—A ver si llegan bien.

—Hoy es fácil.

Castños y fresnos tienen el color que otros años tenían en mayo.

Mucha hierba en los fosos. Unas murallas en una ciudad que vive en paz siempre parecen artificiales.

En el Portal de Francia, llamado antes del Abrevador y después de Zumalacárregui, retumba el maderamen del puente levadizo, sobre el que penden ruedas, cadenas y poleas. Un escudo de piedra nos enseña que el Portal fue construido en 1553 por el virrey duque de Alburquerque.

Dejamos a nuestra izquierda la catedral, con su vieja Cocina de Peregrinos, hoy Museo Diocesano, que muchos peregrinos visitaron ayer. Y el recuerdo del hospital de San Miguel, que dio origen a la gran alberguería, resistente hasta el siglo pasado, cerca de otras dos, administradas, en tiempos, por la cofradía de Santa Catalina.

La calle del Carmen está a estas horas bien compuesta y con varios novios que la recorren. Tiene aún colgaduras sanfermineras. Tiene hasta una "Iglesia Cristiana Evangélica". En la casa n.º 25 bis vivió el general carlista que, al echarse al monte un día de 1833, dio nombre al Portal por el que escapó.

En la esquina de la calle Dos de Mayo veo la primera placa del Camino de Santiago, diseñada por el Consejo de Europa: de las doce estrellas de nuestro escudo europeo sale una dirección luminosa, mitad ojo, mitad faro. Luz de la creación y del espíritu.

Erase una vez, cuando en ese, ahora semiderruido, palacio, vivían los

reyes y los obispos de Navarra. Antes de los virreyes, de los capitanes generales y de los gobernantes militares, que les sucedieron en las diversas fases de deterioro histórico.

Seminario viejo de San Juan, hoy renovado y sede de trabajos municipales. En casa "Marceliano" ya hay un pequeño avispeo de madrugadores o, quién sabe, de trasnochadores, amigos de la sabatina.

¿Por qué no nos detenemos en la iglesia goticotardía de Santo Domingo, antes de Santiago, adornada por la concha jacobea, ante el Santo que, con sus cuatro conchas, preside el retablo barroco, en esta víspera de su fiesta? Podríamos pedirle, entre otras cosas, como nos recuerdan los relieves, que ninguna madre peregrina muera; que ningún mesonero robe a los peregrinos su borriquillo o su equivalente, para que no tenga que caerse, como castigo, del balcón.

La placa europea fijada en la pared de la Cuesta de Santo Domingo ha sido ensuciada con no sé qué.

Algunos miran la fachada del Ayuntamiento. Las dos torres fortalezas de San Cernin ya no tienen que defender a los francos, que iban y venían por el Camino, a los que Alfonso el Batallador dio el Fuero de Jaca el año de gracia de 1129, amén de concederles el privilegio de la venta exclusiva de vino y pan a los peregrinos.

No veo a los franceses de la marcha para decirles que éste era uno de sus barrios. San Nicolás era otro.

Santiago peregrino, deteriorado por los siglos, nos ve pasar indiferentes, sin mirarlo siquiera, desde el pórtico de la iglesia. Tampoco nos hemos parado a visitar a la Virgen del Camino, advocación típicamente jacobea.

"Se vende hielo", dice una tela blanca sobre la bocacalle de la Jarauta.

La calle Mayor, calle de los peregrinos, está abierta de par en par, con los balcones tendidos a la mañana, pero con ese aire de sosiego y descuido de las mañanas del domingo. Chiss...

Pocas personas en la Taconera y en la Vuelta del Castillo. Todavía hay rastros sanfermineros por los glaciés.

Los arbolitos de los jardines de la Universidad parecen estudiantes en vacaciones.

El Sadar, río de margas, viene estrecho y ceniciento claro, mientras, un poco más adelante, el Elorz, más campesino y con mucho fuelle, trae un color de barro rojizo que mancha las pequeñas huertas que se le apegan.

Larraskuntzea. Las campanas de las Carmelitas tocan a misa.

Trigales altos pero con cabezas húmedas, muchas podridas ya por el aguazón.

Sobre la Peña de Echauri se abre, entre el plomo de las nubes, un trozo de cielo azarcón, y sobre la Trinidad de Erga hay una franja de carne de doncella.

MAÑANA DE SAN SATURNINO

*Dichoso mes,
que empieza por Todos Santos
y acaba con San Andrés.*

Para los de Pamplona noviembre acaba, como quien dice, con San Saturnino.

Se escapan unas gotas, y todo el cielo es una grisalla temblorosa. Pero junto a la estación de autobuses hay un rebullicio de niños, grandes y guardias municipales porque van a salir de un momento a otro los Gigantes y los Cabezudos para ir a la procesión de San Saturnino. Buena señal, porque, si salen, seguro que no llueve.

En el Paseo de Valencia, ahora de Sarasate, sólo resisten la hojas de los plátanos. A los tilos se les están cayendo los últimos dedos amarillos. Ahora se da uno cuenta de que ya no están aquellas estatuas blancas de los reyes que, según algunas malas lenguas, eran de todo menos navarros. Han dejado solo seis para encastar; para raza, como dicen en nuestros pueblos.

Son las 10 de la mañana. Está saliendo la Corporación Municipal hacia la iglesia de San Cernin, nombre francés, que nosotros pronunciamos a la española y que quiere decir Saturnino, nombre latino donde los haya, de origen tal vez africano.

Según la **Passio Saturnini**, éste se dirigió a Toulouse bajo el consulado de Decio y Grato, en el año 250. Predicaba con éxito creciente cuando fue martirizado en medio de una revuelta popular. Su culto está atestigüado en esa misma época. Dos siglos más tarde un clérigo tolosano anónimo compuso un panegírico en su honor, que es la única fuente histórica de su vida. En él presenta a nuestro santo como primer obispo de Toulouse. Es también el primer obispo galo citado por San Irineo, y uno de los santos del país vecino cuyo culto goza de los testimonios más antiguos y sólidos.

En España éste penetró en el siglo V y a partir del XI los peregrinos y cruzados franceses así como los francos que viene a poblar nuestro suelo promueven y extienden su devoción. En Navarra San Saturnino fue en

estos años más popular que San Fermín, y a su patronato se acogen nueve iglesias en la diócesis.

En la sede de HB están las banderas a media asta y con crespones negros por el asesinato en Madrid del diputado Josu Muguruza.

Pasan el alcalde y los concejales, con sus collares, insignias y chisteras; precedidos por maceros, timbaleros y porteadores, y seguidos por la guardia municipal. Van a buscar al cabildo catedral y al cabildo parroquial, que les esperan en San Cernin.

Ya no asisten, como cuentan las crónicas de antaño, el gobernador civil, que se convirtió en delegado del Gobierno; ni van los cabildos de las seis parroquias, que ahora son muchas más; ni se engalanan con colgaduras las ventanas y los balcones, salvo los de la Casa Consistorial que luce unos bellos reposteros.

Guiños y saludos. Con un poco de retraso llega la comparsa de Gigantes y Cabezudos, a la que un día seguí y describí por las calles de Pamplona. Dicen que es la primera vez que asiste a la procesión de San Saturnino.

—¿Es así? —le pregunto a Valentín Redín, que está en todas partes.

—Así es, desde que se tiene memoria.

Los representantes del cabildo catedral, obispo incluido, vienen en taxis, bien aprovechados, rehogados en terciopelos rojos.

—Les paga el Ayuntamiento, ¿sabías?

—Pues no, no sabía.

Con los Gigantes llega también un guirigay de críos y crías de un colegio de Villava, amansados un poco por profesoras y profesores, que han tenido el buen gusto de aprovechar los novillos para esta fiesta de Pamplona, donde hoy no hay clase.

Nos arremolinamos junto a la iglesia, mientras los guardias municipales intentan dejar paso libre al cortejo que se prepara ahí dentro.

Caen algunas gotas y se abren algunos paraguas.

Saludo a los “castas” de siempre, algunos aún con voz encamada, y entre ellos a José Luis Eslava, que no suele fallar nunca a estas cosas, si no tiene ensayo o viaje con la Coral. Los que nos somos de Pamplona siempre nos consideramos de segunda fila. No paramos de darle a la sin hueso mientras dura la espera que hoy se nos antoja demasiado larga.

Cerca tenemos la inscripción en bronce sobre el “Pocico”: **“Aquí está el pozo con cuya agua según tradición bautizó San Saturnino a los primeros cristianos en esta ciudad”.**

Cuesta ahora imaginar aquí el bosque y el templo de Diana, bajo la balconada florida de la antigua “Sociedad Tradicionalista”, que aún lleva

el nombre, y del Palacio del Condestable, con el chaflán entre andamios, que ha sido de todo: casa del conde de Lerín y de los duques de Alba, residencia episcopal, ayuntamiento, y ahora sede de "Los Amigos del Arte".

El brocal del pozo y las columnitas sobre él los vio ya el P. Flórez cuando visitó Pamplona en 1766, y volvió a verlos Víctor Hugo, casi un siglo más tarde, ahora con la estatuilla del santo. A finales del XIX Madrazo vio algo parecido a lo que vemos hoy; el agua del pozo ya se había llevado a una fuente próxima. Muchos proyectos se han hecho para cambiar el "pocico", pero todo sigue igual. Mejor así.

Vuelven a caer unas gotas.

Los Gigantes se impacientan y los Cabezudos entretienen a la chiquillería a limpio vergazo.

—¡Que no sale la procesión!

—¿Cómo que no sale?

Se arma un pequeño barullo y se corre pronto la noticia que llega desde adentro.

—Cómo que no sale? ¿Quién ha dicho esa chorrada? ¿El alcalde?

—No, dicen que el clero.

Otros lo atribuyen a los Gigantes.

—Que no quieren que se mojen.

La gente lo toma muy mal.

—Es que los demás no nos mojamos o qué?

Un viejecito amable, muy rasurado y con bastón, que se protege, junto a nosotros, cerca de la librería "Echarte", dice como quien no dice nada:

—Así se acaba la religión.

Algunos "castas" de las cercanías, entre disgustados y resignados, buscan otras procesiones metiéndose por la calle Jarauta, antes de Pellejería. Otros van hacia la iglesia y los más aguantamos un ratico aún. Pasan de vuelta los alumnos de Villava, en manada bullanguera. Vienen y van algunos periodistas.

—¿Quién dio la orden, el alcalde o el obispo?

Y en esto que empiezan a repicar las campanas.

—Que sale, que sí.

—¿Cómo que sale?

La gente coge otra vez sitio en la acera y los municipales intentan dejar paso libre al cortejo deseado. Pasa de nuevo el batallón infantil hacia los Gigantes, y se reagrupa "La Pamplonesa". A las estatuas de San Saturnino y Santiago Peregrino, que presiden el pórtico gótico con bóvedas de terceletes, les resbalan por la cara unas gotas de alegría.

Sale por fin la procesión, que abre una cruz parroquial dorada, y cierra, tras el obispo, la banda municipal que perdió a su director en la dispersión prematura, cuando lo de la lluvia. Los Gigantes se unen devotamente, ahora más reyes que gigantes. El cortejo recorre, entre filas nutridas de asistentes, las calles Mayor y Eslava, Plazas de San Francisco y del Concejo, calles Zapatería, Calceteros y Mercaderes, Plaza Consistorial y vuelta a San Saturnino. Los Gigantes, según Valentín, tras su restauración, llevan una membrana de plástico para protegerlos de la lluvia.

Cuando alguien de nosotros comenta que nunca había visto tanta gente, un señor, roso, ojizaíno y farfullón, va y dice a su vez:

—No ha habido nunca menos.

Y los dos se quedan argumentando en voz alta.

A uno, que no suele poder asistir a esta fiesta, le parece, a estas horas y con este tiempucho, un gentío, y eso sin contar la riolada de la chavalería de Villava.

Antes de entrar en el templo, los gigantes bailan un pasacalles para solaz y contento de todos.

Más de la mitad de la gente se queda sin asiento durante la Misa Solemne en honor al Santo Patrón. José Luis, que se conoce todas las entradas y salidas de esta iglesia fortaleza, con olor a templo y a castillo, me lleva a socapa hasta el coro, donde se sienta al órgano el incombustible don Pío, hijo de un viejo organista de la parroquia, y donde una selecta y abigarrada multitud de músicos mezclan, en armonía semilitúrgica, el gregoriano, Réfice, Guelbenzu y Joaquín Maya.

El ordinario del lugar, que es el obispo, le pide al Santo por la fe de la ciudad que evangelizó y por el empresario pamplonés recién secuestrado por ETA.

Uno se imagina lo bonito que podía haber sido el claustro gótico que fue sustituido a mitades del siglo XVIII por la capilla barroca de Nuestra Señora del Camino, Patrona también de la ciudad, con su bóveda de lunetos, su cúpula y su linterna. Entre los relieves de las pechinas, obra de Francisco de Ontañón, están el de San Saturnino y el de su discípulo Honesto, del que habla la tardía leyenda.

Debajo de nosotros, inclinado sobre el brocal del púlpito, como un predicador cansado, está el historiador pamplonés que hoy mismo escribe en

el periódico sobre la historia del “pocico”. Encima del arco gótico, cerca de donde estamos, un caballero medieval, en relieve, montado sobre su caballo, con yelmo, peto, adarga y lanza en ristre, está a punto de acometer a no sé quién. Nosotros no hemos sido.

Damos una vuelta por la Plaza del Ayuntamiento, donde bailan los Gigantes y, cuando descasan, el grupo de danzas “Duguna”.

El alcalde y los concejales, todavía en galas, miran, aplauden ríen y se sonríen, como gentes alegres y de placer. Algunos de ellos ya saben que dentro de un rato, tras la entrega de los premios literario del concurso “San Fermín”, podrán trincar en el comedor del tercer piso consomé de perdiz a la crema de trufa, merluza con kokochas en salsa verde, solomillo al foie-gras de pato en salsa de oporto, y tarrina de frutas al Coulis de frambuesa, suavizado todo con Marqués de Riscal 1982, rosado Malón de Echaide y Cava Juve Camps reserva familiar.

—Buen provecho a todos.

Nosotros vamos, invitados por unos amigos, a la sociedad gastronómica-recreativa “El Pocico de San Cernin”, en la calle Nueva, que funciona desde hace un año. Una antigua bodega, con bóveda de ladrillo y pared de piedra, sirve hoy de barra, mesa, timba y sala de estar a dos docenas de familias de Pamplona, de muy diversa condición y profesión. Pica-mos chorizo, jamón y pastas de la tierra, y nos pica agradablemente un clarete fresco, que dicen ser de... Cirauqui.

—¿De Cirauqui? **Absit...** Que no, hombre; echa, que son buenos vecinos.

Muchos músicos, entre ellos el presidente y el director del Orfeón, han caído como nosotros por aquí. Como Santa Cecilia está tan cerca, hablan de música y de lo mucho que podrían ayudarles los poderes públicos. A pesar de eso, todos están alegres.

Muchas mesas preparadas. Los tres cocineros van y vienen con sus mandarras blancas. Algunos socios ya están armando la partida de la sobremesa.

—Aquí se juega el mejor mus de Pamplona.

Cuando salimos, ya son las dos.

Hoy es fiesta en Pamplona. En esta Pamplona tan europea, que tiene por Patronos a dos franceses, uno del norte y otro del sur.



OTOÑO EN LA TACONERA

Me voy esta tarde de otoño a ver los árboles, mis amigos. Me gusta mirarlos estos días, cuando dejan su larga capa verde de primavera y se ponen las ropas más vistosas sacadas de sus viejos armarios de madera, antes de desnudarse del todo para echarse a dormir hasta marzo.

Miro los plátanos, los tilos, los cipreses, las robinias, los álamos temblones, los castaños de Indias... de la Vuelta del Castillo, por donde paso y paseo tantas veces. Los conozco a todos, y a veces están tan vivos y bellos, que parece que me conocen también.

Despido a los olmos, que son los más numerosos, olmos comunes y algunos montanos, que hace tiempo están despidiéndose de nosotros, por si podemos ayudarles a no morir. El olmo tiene mal otoño. Sus hojas coriáceas y lampiñas se arrugan y apagan pronto, sin que les brille ese último color desesperado, que en otros árboles es tan atractivo. Este otoño es peor. El **Caratocystis ulmi**, hongo que en los años sesenta vino de Estados Unidos a Europa, está acabando con ellos. El insecto que lo lleva sale de la pulpa de la madera muerta y vuela a los brotes altos de la copa, por donde comienza la agonía.

Los han marcado con una raya horizontal de cal para abatirlos, al menos en una tercera parte.

No van a llegar a los trescientos años como les deseábamos, viéndolos tan robustos y mozallones.

Toco su áspera y defensiva corteza, contemplo su hechura armoniosa y hercúlea, y los veo, sin querer, convertidos pronto en escaños, bancos y huellas de escalera. Muchos perderemos un testigo vivo y discreto de muchas horas felices.

Por ahí andan las urracas o picarazas, reinas moriazules de estos pagos, que van a lo suyo, como si nada. Aún les quedan árboles altos para los nidos.

Entro en la Taconera o Campo del Arenal.

Los castaños que entornan el monumento al virrey Tutavilla están lozanos y lustrosos como caballos alazanes del aire. No por nada el nombre científico de este árbol lleva el del noble animal. Don Francisco Tuta-

villa, duque de San Germán, terminó en 1666 el recinto amurallado de Pamplona e hizo levantar la puerta de la Taconera. Hoy el campo no tiene puertas.

Siempre hay gente mirando los patos que se contonean junto a las sombrillas de unos sauces. El agua del charcón da frío. Las palomas se arrebuja, buche contra buche, sobre los palitroques del cobertizo. Dos ánades reales navegan, con el cuello verde tieso como un mástil. El sitio está sucio y feo, descuidado. Dos conejos corren a saltos y hacen el escenario huidizo y divertido a la vez. Unas cobayas o conejos de Indias, ratuñas, apegadas a la tierra, herbajea y ramonea sin parar, como si estuvieran en un concurso. El foso de los ciervos está vacío. Los plátanos dejan caer sus brazos cansados y de vez en cuando sueltan el oro viejo que les sobra.

Se oye parpar a los patos, cantalea a las palomas, vozna a los ánades.

Por aquí se firmaron el 29 de julio de 1512 las capitulaciones entre los embajadores del vencido rey de Navarra, Juan de Albret, y del invasor duque de Alba.

Subo entre magnolios y abetos, por el paseo de los tamarices, que están quedándose calvos. Pasean, espléndidos y serenos, los ciervos bíblicos, que van comiendo hojas de plátanos. Tienen patas finas, despaciosas y apuestas, y las pezuñas de tacones de charol. Han perdido color y están pardigrises y tentadores. En el laberinto de sus cuernos se enreda la corta madeja de la tarde.

Un conejo negro, tranquilo y de morro nervioso, herbajea aquí y allí. Dos patos sin cola corren hacia adelante, no se sabe a dónde, glugluteando.

Los gamos, apacibles y en grupo, están junto a la puerta de su revolcadero. Gamitan en voz baja.

Será todo lo artificial que sea, pero prefiero todo esto a la ferocidad de la selva.

Los cuatro cedros atlánticos de la explanada alta sostienen, es un decir, los cuatro puntos cardinales. Más cerca, tintinean al viento la bayas negrizules de los aligustres.

Llego hasta la fuente de las Monedas. Toman el sol dos señoras y un muchacho, con los ojos cerrados, ensimismados y ensolados. El coro de castaños es perfecto: sólo les falta cantar. Se asoman unos cipreses. La fuente, como la de los Leones, cae poco y cae mal. Hay que enseñarles de nuevo, antes de que se hielan.

Me asomo al mirador de la Rochapea, y me sale al paso la cercana torre chocolatera. Huele la memoria infantil a chocolate. En San Cristóbal hay guerra de colores entre pinos y quejigos: ganan los primeros por resistencia. Garcirriáin vigila cómodamente el valle de Juslapeña. Más lejos, el Churregui y el Gaztelu son dos águilas o dos leones, como quiera el lector, imperturbables, en el escudo, azur y sable, de la otoñada.

El Arga, ya sucio, viene disimulándose entre los chopos, cada día más claros.

Vuelvo a los olmos, señores de la Taconera, que aquí también se mueren. Junto a ellos han reído y llorado muchas gentes que aquí buscaron la ilusión del campo de su pueblo. Aquí veníamos de mi casa del pueblo a comer el pollo con pan, después de visitar a las tías monjas que estaban en el convento de Navas de Tolosa. La pluma de pavo real que pude coger en uno de aquellos viajes, que yo numeraba como si fueran aventuras, fue un trofeo casi de safari y lució en mi casa muchos años.

Hoy la jaula de los pavos reales está vacía, y los pavos se pavonean, ya los hemos visto, de acá para allá.

Entre laureles reales, ailantos, tejos y viburnos, están los monumentos a algunos de nuestros genios locales. No es fácil distinguirlos a veces de los monumentos de camposantos. La placa al doctor Huarte de San Juan recuerda los cementerios nórdicos, bosques cuidados al aire libre. A Gyarre le da ahora el sol y lo hace más fáustico todavía.

—Hola, buenas tardes. Qué tiempo tan bueno hace, eh, eh.

Viene una bocanada de olor a vino.

Me dicen del Ayuntamiento que, además de arreglar el parque y el jardín, van a echar ardillas de criadero. Todo será entonces más movido y ágil.

Un niño pequeño, que apenas ha aprendido a andar, anda entre palomas, a las que su padre les da de comer en la mano. Suena un tiro no sé dónde, tal vez el reventón de una rueda, y todas desaparecen. Malos recuerdos. Pero vuelven enseguida, porque la mano del padre y los andares del niño son inocentes y libres de toda sospecha.

En otra jaula unas “gallinas enanas”, según me dicen, picotean en los pequeños comederos. Dos gallitos fanfarronean entre ellas. Pero los gorriones que vienen de fuera se llevan la mejor parte. Un faisán grandullón y bobo.

Cerca, separada por una red de alambre, una mona, con cara de vieja y de fea, se restrega una y otra vez los brazos.

—Tiene frío la mona.

Una mujer, con abrigo azul oscuro y un cartón en la mano, le dice, acercándose:

—Mona, monita, mona,

y otras lindezas por el estilo.

Un letrado, medio arrinconado, avisa: “Precaución con el mono. Quita gafas y otros objetos”. Dicen que la gente se echa, instintivamente, la mano a la cartera.

Más olmos marcados. Incluso el primero a la derecha, que parecía poder resistir todas las más exultantes y doloridas confidencias.

Los bancos de piedra y los bancos de madera pintados de rojo guardan también muchas historias, con la discreción de la piedra y del leño.

PLAZA DEL AYUNTAMIENTO ("Queremos la paz-pakea nahi dugu")

La Plaza del Castillo es una pequeña fiesta de domingo diciembrenño. Espero dando vueltas por la Plaza del Ayuntamiento a que den las ocho. Ocho jóvenes despliegan de cara a la Casa Consistorial un letrero sobre tela blanca y se ponen cuatro a cada lado, dos de ellos sosteniéndolo:

*Basta ya
Queremos la paz
Pakea nahi dugu
Asociación por la paz.*

Y ya está. Me pongo unos metros más atrás, junto a la jardinera municipal, donde se sostienen unos tallos de pinos, cipreses, bojés y aligustres. Veo de reojo que a la derecha se colocan algunas personas. Delante de mí se han puesto una señora y una niña pequeña, la niña le dice a su madre cosas al oído y mira hacia atrás. Somos unas veinte personas.

Relucen los leones dorados de los escudos en la cara barroca del Ayuntamiento, de mirada tan aparatosa que parece que vayamos a entablar un diálogo. Pero ahora no quiero hablar con el Ayuntamiento ni recordar los muchos lances, buenos y malos vividos dentro y fuera de sus muros. Quiero hacer bien lo que estoy haciendo. Intento reconcentrarme en los objetivos últimos y cercanos de la Asociación por la Paz.

Diez días lleva un ciudadano guipuzcoano secuestrado por ETA militar. A una señora de Zarauz se le han saltado las manos y los ojos al coger una bomba disimulada en una bolsa junto a la puerta de la oficina. Otra bomba le ha estallado, destrozándolo, a un joven de Pamplona cuando iba a ponerla no se sabe dónde.

Ayer mismo una larga manifestación conmemoró el aniversario de la muerte de un joven navarro ahogado en el Bidasoa, en extrañas circunstancias, después de haber sido detenido por la Guardia Civil.

¿Dónde estamos? ¿En el Ulster, en el Líbano? No. Estamos aquí, en

una tierra, donde, desde hace casi dos siglos, nos hemos especializado, como pocos, en la artes de Caín.

Unos están en ello y lo celebran siempre que pueden. Otros van acostumbrándose. La mayoría no, pero no sabe qué hacer, si no es apelar a los gobiernos, y duda de si algún quehacer puede remediar la situación.

Queremos la paz. Pakea nahi dugu

Lo queremos y lo decimos. Sin más. Frente al grito, el silencio. Frente a la marcha, siempre un tanto combativa, ahora la presencia quieta, que no es por eso menos activa. Frente al frenesí y al aturdimiento, a la indiferencia o al sarcasmo, la reflexión y la meditación sobre la paz, la violencia, sus causas y sus resultados.

—Mira, tú, ya están ésos ahí otra vez.

—No te jiba, que quieren la paz, también nosotros queremos lo mismo.

—¿Y qué se gana con eso?

—Eso digo yo, ¿qué hacen ahí, todos pasmáus?

Oigo o adivino estos diálogos normales en las aceras donde hay gente que se para un poco, mira, comenta y luego se va. No es muy divertido el espectáculo que se diga. Hay otras personas que miran, callan y se añaden al grupo. Ya debemos de ser una cincuentena.

Desde aquí veo bien a quienes vienen de la calle Mercaderes o de la calle Mayor: parejas jóvenes, matrimonios maduros, personas sueltas, grupos de jóvenes. Casi todos miran, leen el texto, siguen adelante en silencio. La farola junto a la que estoy tiene arriba un recuadro en favor del vascuence: “El euskera es tu patrimonio”. El cielo está nublado. Me distrae esa grúa alta, junto al mercado viejo, con su peñuscón amenazante: todo un símbolo.

Desde la bocacalle de la Zapatería, a nuestras espaldas, dos o tres chavales gritan apresuradamente:

¡Gora ETA militarra!

Y parecen escapar. Nadie se inmuta, pero el grito es como una puñalada en la carne débil de la noche.

Queremos la paz. Pakea nahi dugu.

Lo cierto es que no la queremos del todo, al menos no con mucho esfuerzo personal.

Pasa ahora un grupo de adolescentes ruidosos, vocingleros, estallantes. No miran siquiera el letrero. Detrás de mí, a unos pocos metros de distancia, unos matrimonios se ponen a hablar en voz alta de lo mucho que les costó dormir después de no sé qué cena. Volvemos algunos la cabeza, entre delicados y molestos:

—Perdón, perdón.

Bajan la voz y luego se van o se callan del todo.

En medio de este silencio, que hay que cultivar y mantener, el reloj del Ayuntamiento, redondo, luminoso y funcionario, es casi un dictador. Estamos pendientes del reloj. El reloj me distrae. Pasan los manes del arquitecto don José de Zay y Lorda, presbítero pamplonés residente en Bilbao, que hizo los planos de la fachada. Intento volver sobre la paz. La guerra, la guerrilla, la venganza, el odio, la crueldad... no son compatibles con el silencio noble, con la reflexión serena y abierta, con el pensamiento neutral y dispuesto. No necesitan el pensamiento; sólo la razón táctica y estratégica al servicio de sus fines obsesivos.

Miro disimuladamente. Ya andamos por el centenar. ¿Por qué esta manía del número?

Queremos la paz. Pakea nahi dugu

Llegan corriendo, con el aliento fuera, unos cuantos mozalbetes. Tal vez no pasan de los 17 años. Vienen de la calle Mercaderes. Se oye un ruido como un depósito de botellas que se viniera al suelo. Luego el ruido, más lejano, de las pelotas de goma.

Hay un ligero movimiento de tensión subterránea en el grupo. La niña se agarra a su madre y le dice algo al oído. Son las ocho y veinticinco.

Miro a la estatuas de La Prudencia, La Justicia y La Fama, y a los Hércules y hasta a los lemas del remate.

Los minutos son ahora larguísima. El reloj es una insoportable lentitud. A las ocho y veintiocho llega otra carrera más prieta y silente. Sólo un desgarrón.

—¡Hijos de puta!

Cae un casquete cerca. Unos cuantos corredores se disimulan entre nuestro grupo. Se oyen cerca las descargas y varios policías con casco, porra en mano, corren más allá del ayuntamiento hacia San Saturnino.

Los ocho jóvenes de la primera fila, que ahora son diez, recogen pausadamente el letrero. Sin desasosiegos. Ha pasado la media hora ritual. El grupo está dispersándose, rápida pero no alocadamente.

—Vamos hacia la Plaza del Castillo.

—No por ahí no, ni se te ocurra.

—Hacia San Lorenzo, pues.

—Aguarda un poco.

La calle Mayor esta artesanalmente dominguera. Figuritas del Belén en los escaparates, junto a turrónes y vino. Viejos comercios conocidos. Viejos apellidos entrañables. Ahí vivía la tía Emilia, cuando yo vine del pueblo a los ocho años a operarme de amígdalas a la clínica de Labayen;

desde ese balcón vi la procesión del Viernes Santo.

La gente va y viene tranquila. A lo lejos se oyen gritos y rumor de cabalgata.

Ya se acabaron en San Lorenzo las misas de la tarde. Están cerrando las puertas.

El bar Ciudadela está a tope, arriba y abajo. Grupos de mozos y mozas se sientan en los yerbines junto a la puerta. No hace frío. Hace noche de último otoño.

El paseo de Valencia, oficialmente de Sarasate, está despejado y acogedor, con algunos dedos de hojas aún en los árboles, bajo una luna crecida, con cara de mocita parrandera.

Queremos la paz. Pakea nahi dugu.

NOVIEMBRE EN LA MAGDALENA

Ha llovido mucho y amenaza lluvia. El ojo del cielo está casi cerrado. Hace noviembre. Junto al mercado nuevo pasa un grupo de adolescentes con sus minifaldas vaqueras, tan de moda.

Bajamos por la resbalosa Cuesta de Beloso hasta donde empieza el Camino Viejo de Burlada. El melancólico color de los tilos nos ha dejado el corazón nostálgico.

La mañana está blanca y delicada. Un mal paso, un vocablo desmesurado, un movimiento torpe puede estropearla.

Viene y va la gente con caras atortugadas, quizás por haber dormido mucho. Nos metemos por un camino que nos parece romántico pero nos tropezamos con dos camionazos, de Errazu, y desistimos.

—O ellos o nosotros.

No hay sitio para todos. Continuamos entre chopos de gala imperial e invernaderos mitad monacales mitad defensivos. Pasamos junto a una villa de piedra solemne y justas pretensiones, luego junto a otra con cancela y huerta con animales.

—¿Ha sido antes convento de monjas? —les preguntamos a unas niñas endomingadas.

—Antes sí, ahora es de éstos —nos dice la más despabilada.

Toca a muerto la campana María de la catedral. Es el funeral por los Reyes de Navarra. La mole catedralicia se alza como un catafalco de piedra secular sobre la arboleda otoñeada, y las torres hacen de blandones. Sigue sonando la campana mayor y es como si el aire se deshiciera en penas y en recuerdos tristes.

Unos cardos borriqueros mantienen la cabeza enhiesta y alertada en un campo de abandonos, quién sabe si a la espera de invernaderos o de bloques de casas.

La antigua fábrica de Ayestarán, ahora convertida en frotón cubierto, está rodeada de árboles lujosos y tiene ese aire encantado que respiran

las mansiones antiguas, con tapias y pinos, cedros y cipreses. Viene gente joven por las pasarelas.

Para que los que fueron chicos y chicas de Pamplona las pasarelas sobre el Arga, construidas en los primeros cuarenta, eran toda una aventura prohibida que había que pasar.

Durante el trayecto nos hacen guiños vegetales los cedros, abetos y cipreses de los jardines de Huarte y Malumbres, sobre Beloso Alto, y guiños entre místicos y urbanísticos la cruz de cemento y cristal del Seminario que diseñó Víctor Eusa.

Corrales y fincas de Goñi. Hay caballos, yeguas y potros de todos los colores. Vamos hasta las mismas orillas del Arga, que viene frondoso y cauto. Nos hundimos en el barro. Estamos en el Soto de la Guindilla, todavía de buen ver veraniego.

Pasa una señora de pelo blanco y cara de trabajadora honradez, y le preguntamos por cosas y gentes de La Magdalena. Lo sabe todo porque ella y su marido nacieron en el barrio, parroquia de San Juan Bautista o de la Catedral, a donde subían por aquellas escaleras que trepan por la Ripa de Beloso. Y en esto que la señora nos invita a ver su huerta, una entre las que aún pueblan los airosos meandros del Arga.

Abrimos una pequeña verja de palo y lazo y entramos en un reino otoñal de perales, ciruelos, melocotoneros, pimientos, tomates, acelgas, borrajas, lechugas, berenjenas y escarolas. Las acelgas están frescachonas y lozanas y hacen aspavientos unas con otras. Las borrajas son más comunitarias, más recatadas y se conservan más jóvenes. Las escarolas son pizpiretas y adolescentes.

Le digo a la señora lo mucho que me gusta la borraja.

—Si tendrían que limpiarla los hombres, no les gustaría tanto.

Se rien las mujeres.

—Eso, eso.

Al llegar a la casa nos sale ladrando un perro, al que le responden primero uno, luego otro. El de casa se calma pronto viendo a la dueña. El dueño, con boina puesta, nos mira tras los cristales. Paseamos por la huerta como por una exposición. Están los invernaderos, abiertos por los lados, como cuevas blancas de tesoros. Da gloria verlos.

—Todo lo trabaja ahora un yerno y nosotros le echamos una mano.

La buena señora ha estado subiendo a la plaza durante muchos años y hoy venden todo directamente a una tienda. No parece que les vaya mal.

—Ahora es todo mucho más fácil en el campo, con la maquinaria mecánica y así. Antes era diferente.

Hay en un pequeño ribazo un plantel de crisantemos, blancos los pequeños y morados los grandes.

—Cojan los que quieran.

Junto a la casa, una higuera con higos, “higos encapuchados” que diría el maestro Octavio Paz.

—Ya pueden coger todos, ya.

Pero los higos están ya tiesos, tras las lluvias de octubre.

Mirando hacia Pamplona sobresale la aguja de la villa de Izu, con la que se han quedado por fin las corporaciones sanitarias.

Hay que venir hasta aquí para ver bien la mesetilla de margas que sostiene a la vieja Iruña, en forma de media luna que el Arga se encarga de afinar. Vieja y segura muralla que sostiene y defiende al Nuevo Ensanche. Ahora el otoño la decora tan bien, que los chopos de abajo y los plátanos y castaños de arriba parecen viejos soldados que se vigilan y se acechan. Jesús Basiano la pintó como una desolada trinchera.

Juegan unos muchachos en los campos de tenis del Club Natación. Por los altavoces se dan avisos a los socios.

Baja el Arga bajo, con muchas hojas, y pasamos sin miedo por las pasarelas, donde estuvo antaño el antiguo vado o casajera del Molino de Caparoso.

La destartada fábrica del Irati. Orillas del Arga, con mimbreras verde plata y olmos muertos. El puente de La Magdalena da dos zancadas sobre el río. Ahí está “El Molino”, donde estuve una mañana, acompañado de don Ramón Ciganda, benefactor del Centro al servicio de los niños deficientes. El pintor de Murchante lo fijó para siempre entre oros y llamas otoñales.

Subimos hacia la muralla, por una colinilla de hojas secas. Nos quedamos mirando cómo caen, cerca del crucero, avecillas cansadas, rendidas a la ley de la gravedad.

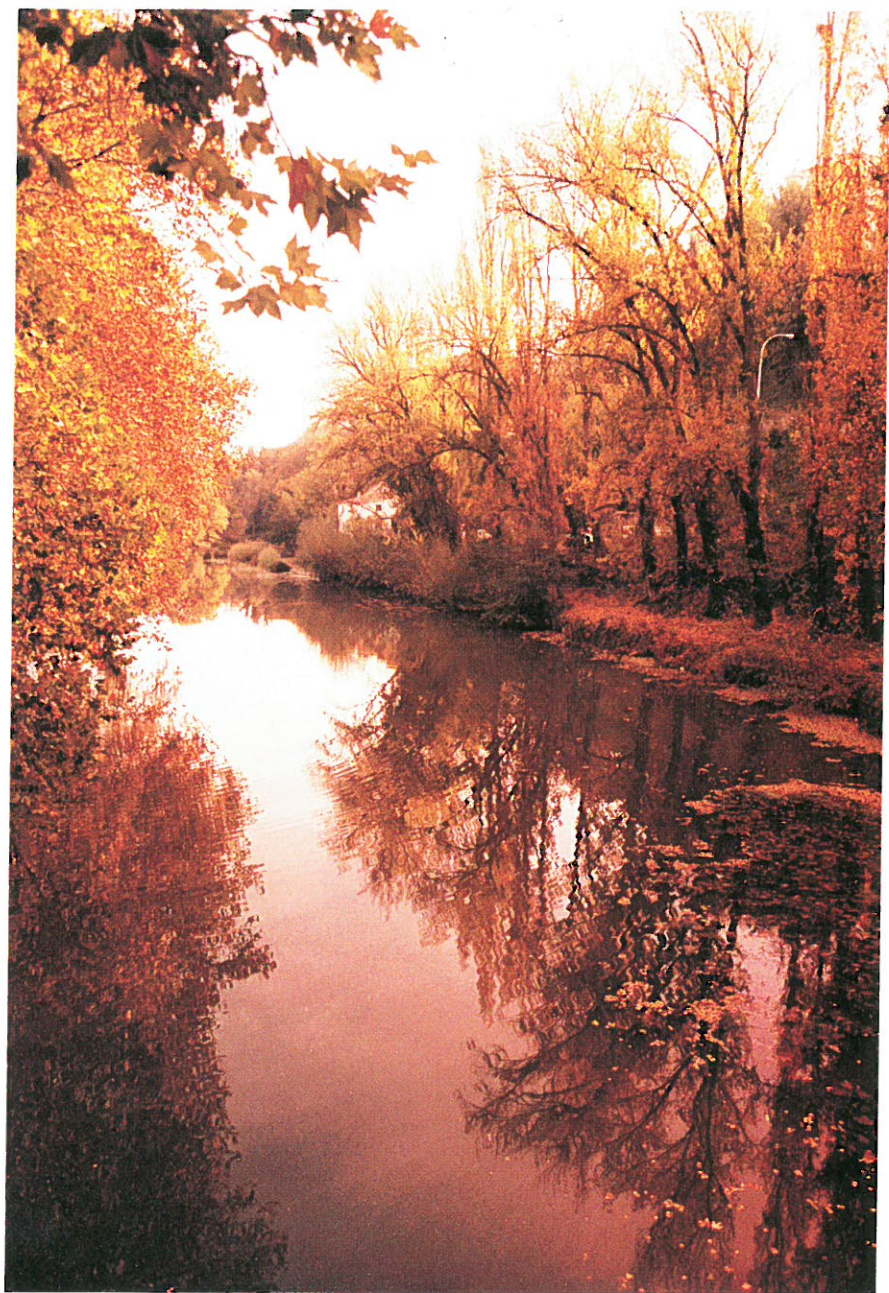
Desde el puente vemos temblar los árboles dentro del agua, en un otoño fluvial deslumbrante.

Pasamos delante del convento de las Josefinas, con muchas plantas a la puerta y muchas ventanas en la casa. Junto a la tapia, una fuente con su pila.

Otra vez la cruz del Seminario y los cedros, abetos y cipreses de Huarte y Malumbres.

Otra vez los invernaderos y otra vez las orillas amarillas del Arga.

El paisaje se repite pero hace rato que lo llevamos dentro.



VUELTA DE ARANZADI

Algunos jubilados se quedan mirando absortos el colorido intenso, minio estallante, de un arce, entre el plantel de rosales, cedros, laureles y sauces que rodean la entrada de la Residencia de los pensionistas.

Vamos por el Camino de Aranzadi o Arencedi, muy antiguo topónimo pamplonés, entre terrenos baldíos y algunas buenas casas recientes, con ribazos poblados de zarzas, matas de avellanos y rosas caninas.

Alrededor de la Granja-Escuela, verdi-roja-blanca, hay unos sauces verdiamarillos, altos y lluviosos como fuentes barrocas; un cedro majestuoso y un desfile denso y vegetal de escarolas más tiesas que estacas.

Pardea el quejigal de San Cristóbal frente a una invasión de pinos que parece avanzar por el norte y por el este.

—Sí, todo esto se llama Aranzadi, pero de suyo es la Magdalena—nos dice un señor alto, anciano y pulcro, que habla con un acento poco navarro y lleva un aire de otros tiempos.

Las huertas cubren por aquí la mayoría del terreno, que corta el río en un caprichoso bucle. Se siente, casi imperceptible, un rumor bajo de acelgas, escarolas, cardos, borrajas, berzas, nabos, bróquiles, achicorias. Melocotoneros, perales y manzanos levantan sus últimos colores frutales, y junto a unas hileras de chopos y avellanos hay unos tristes trozos liecos. Largos túneles de plástico, en forma de medio cañón, caldean las hortalizas de invernadero, a la vez que transforman feamente el tradicional paisaje.

Hay un dicho popular, tonto como otros muchos que sólo obedecen a los rigores de la rima:

*Hortelano
ni rico ni sano
ni buen cristiano*

Los hortelanos que quedan por aquí, todos con sonoros apellidos navarros, tienen un puesto seguro en la plaza o la venta asegurada en alguna parte; son sanos como las verduras que cultivan sin ninguna clase de abono; ganan bien su dinero, y son cristianos como cualquier hijo de veci-

no. Eso sí, “cuando plantan la berza/levantan más el culo que la cabeza”, al decir de otro refrán, pero levantan más la cabeza cuando tienen que levantarla, y levantada la mantienen como los demás.

Anda una mujer por su huerta más ocupada que un horno por Navidad. No queremos molestarla, pero ella nos ve y nos saluda. Va recogiendo nabos y nos explica qué hace con la parte de arriba y con la de abajo.

—¿Es suya esa casa?

—Sí, es nuestra.

—Qué suerte.

—Pues sí, y que lo diga.

Dice el maestro Arazuri que cuando antes más alguien quería llegar desde aquí hasta el convento cercano de los Capuchinos, para confesarse o para cualquier otro menester, tocaba una corneta que había colgada de un arbusto y aparecía en la otra orilla un capuchino que venía en barca hasta aquí. Parece más bien una “florejilla” capuchina.

El “Aitaren Txoko” es la villa cercada más suntuosa de la zona. Edificada, según me dicen, por un rico bilbaíno para uno de sus amores, pasó después a una rama del frondoso árbol de los Arraiza, que la disfrutaban ahora. La casa lleva un patio con una fuente de piedra. El jardín, casi un soto, tiene unos pequeños estanques y unos árboles selectos: cedros, abetos, sauces... pero sobre todo unos plátanos gigantescos que nos protegen, como guardianes altos y turísticos, desde arriba. Contemplándolos, uno no se extraña de que “el viejo Walt Whitman” esperara que alguno de los árboles que iba viendo le dirigiera, de un momento a otro, la palabra.

Un hombre gordo, que suda la gota gorda, está limpiando la acequia junto a una curva.

—A ver si quito la zaborra pa que el coche pase mejor.

También la “Martintxo Enea” tiene un vistoso jardín, además de la huerta.

Al otro lado parece danzar entre verduras un palosanto o arbolito de caquis, ya sin hojas y al aire sus bayas naranja oscuro.

El último color marrón-almagrado de los castaños nos guía en este tramo del Camino, que en tiempos se llamó Camino o Vuelta del Txolo, por la taberna de ese nombre, hoy convertida en bar pintoresco, así como El Tabor y Vuelta de los Curas, porque acostumbraban a pasear por aquí recitando el breviario. Eran los tiempos en que se podía encontrar a don Arturo Campión paseando durante el verano, en calcetines por el yerbal. Hoy sólo encontramos algunos huertanos, algunos deportistas haciendo piernas, algunas familias sosegadas y algunos solitarios.

Tras el mástil de un chopo lombardo y un rodal de pequeños cipreses, se levanta a lo lejos el arboledo otoñal y pétreo de la catedral, que resiste

el paso de las estaciones a la vera de la corriente del arte y de la fe.

Recuerdo la acuarela de Miguel Javier Urmeneta, en la que toda la huerta de Pamplona arde literalmente en rubros, naranjos, cárdenos y verdes oscuros, mientras la mole catedralicia aparece amoratada bajo un cielo entre rosicler y bruno amenazante.

“San Isidro bendiga y haga fecundos estos campos”, reza una azulejo en la puerta de una de las casas. En la puerta de otra, “Etxe Zuria”, cuatro azulejos llevan las advocaciones, tan navarras, de Nuestra Señora del Camino, Santa María la Real, San Miguel y San Fermín. Tras la puerta, verdes intensos y crudos de berzas y borrajas dibujan un mapa otoñal entrañablemente hortícola.

El parque de Aranzadi —llamado popularmente las piscinas de Aranzadi—, en la punta del bucle que Pamplona debe a su viejo Runa, es uno de los parajes más bellos de la ciudad. Las piscinas ocupan la parte central, pero el yerbín se extiende mucho más lejos, entre abedules, plátanos, cedros, pinos, arces, castaños, robles, chopos, álamos y una encina; entre bancos y setos; con un pequeño brazo de río, que antes entraba en el viejo molino y que ahora, con un puentecillo encima, atraviesa la punta del parque para salir junto al puente viejo. Hoy apenas se ve gente y sólo se oyen los gritos y aplausos que llegan desde el próximo frontón cerrado.

Junto a la presa del río se han formado islotes de mimbreras, tamariscos, cañas, juncos y carrizales, y en las riberas rompen filas chopos temblorosos de oros cobrizos y de agónica belleza.

El amarillo, color de otoño, mágico y excéntrico, era para Goethe el primero de los colores y “salía de la luz”. Algo parecido debía de creer nuestro Dámaso Alonso, cuando escribía:

*Primero fue la tristeza
del amarillo elemental
y antes que toda belleza
mortal.*

Por entre el abanico arbolero vemos los altos y franciscanos muros del monasterio de San Pedro de las Ribas, donde habitan los manes de San Francisco de Asís, si es que un día no habitó su cuerpo frágil, como quiere la leyenda. Luego, a mediados del XIII, vinieron a acomodarse en él las “dueñas o señoras de Barañain”, llamadas después Agustinas de San Pedro, a las que perteneció una hermana del rey Teobaldo I, doña Berenguela. Tuvieron que dejarlo en 1969.

El bordo que da al río está lleno de ventanas abiertas a la intemperie.

Unos arces jóvenes y discretos, en medio de los chopos grandes, ponen unas llamitas de azarcón en el panorama amarillo pero no triste de la atardecida.

Otra choperilla vela y actualiza el puente romano-románico de San Pedro, el más antiguo de la ciudad, en apacible contraste con el verde aún lozano de zarzales, fresnos y avellanos, y de las parietarias y doradillas que asoman por las grietas del tablero del puente.

Montamos nosotros también en él y nos deja junto a un parque abierto, plantado de arbolitos que viven su primer otoño. Un muchacho lee en un banco y en otro una mocita juega, al parecer, con un hermanito deficiente.

Nos quedamos viendo pasar el puente por el río imperturbable de la historia. Basiano lo vio desde la otra margen, un día de otoño incipiente, casi vegetal entre la arbolería, tras un rosario de pequeñas mejanas verdeantes.

Miramos hacia la Pamplona alta, la sobremurallada, la que pintó tantas veces con su paleta blanda Antonio Cabasés: el baluarte de El Redín, una torre catedralicia, la secuoya de la Escuela de Magisterio, los añosos lienzos de Capitanía, las torres francas de San Cernin, la torrecilla roja de San Fermín de Aldapa, la espadaña de la capilla del viejo hospital civil, la linterna del actual Museo de Navarra y el paredón de casas altas sobre el paseo de ronda hasta el fuerte Gonzaga.

Las Agustinas de San Pedro, “Las Petras”, están cantando vísperas en su nuevo convento de ladrillo y escalonados volúmenes, en la Vuelta de Aranzadi. Una turbamulta de gorriones se alborozan y alborotan en el sotillo de la entrada.

EN LA MEDIA LUNA

Las vallas de los nuevos aparcamientos hacen aún más hermética y ensimismada la plaza de toros. Agrídulces recuerdos cuando pasamos junto a la antigua consulta del doctor Zaratiegui y a la clínica de la Cruz Roja, que borran pronto los gritos agudos y semivaroniles de los mozalbetes que juegan en el patio de los Salesianos.

Al Paseo de la Media Luna lo llamaron "paseo para recreo de las gentes" los sesudos ediles del Ayuntamiento de Pamplona que decidieron crearlo, en este paraje llamado La Millera, el 5 de septiembre de 1608. El paseo se convirtió en parque en los últimos años treinta, y de esa fecha datan los cedros braceantes, los plátanos mozallones, los negundos aldeanos.

Nos asomamos al balconcillo sobre las ripas que caen en picado hasta el río:

*"Otoño, entre tus manos finas
el mundo llamea".*

Me viene este verso de Octavio Paz a la cabeza y al corazón, viendo el embrujo de esta mañana de noviembre suspendido sobre las huertas de la Magdalena, sobre los Belosos, sobre los barrios suburbanos, sobre los montes que cercan otoñalmente a Pamplona.

Chopos, arces y mimbreras llamean y encienden el verano llevándolo a la más alta inflamación de la belleza. Pocas cosas nos recuerdan más la primavera que el otoño. Pero ahora el color y el temblor se nos meten dentro:

"Dentro de mí siento el árbol que contemplo"

escribió Rilke cuando estaba en España.

El mundo llamea y también el alma que va recreándolo.

Dos niños juegan en el tobogán. Pasa una madre con una hija adolescente, y las dos son bellas como dos bellas estaciones. El fuego otoñal de los choperales es tan dramático como el fuego real del bosque, más contagioso. Pasa entre distraído y huraño un conocido escritor navarro.

Retumba secamente un golpe de pala en el frontón del Club Natación y nos tememos que se hagan añicos los ventanales del paisaje. Pasan dos mozuelos, de prisa, a lo suyo. La cruz del Seminario convoca, alta y ancha, la atención del horizonte, como queriendo echarse a volar por encima de las ripas. Pasan dos señores maduros, despaciosos, locuaces.

Los primeros fríos han purificado el espacio. El aire que ha pisado la primera nieve del Pirineo lo bruñe todo, y todo reluce como un espejo: río tenso, hortalizas seductoras, árboles fogueados, invernaderos pudorosos, casas rojiblancas y ojerosas. Un paisaje para Claude Gallée, llamado "Le Lorrain" (Claudio de Lorena).

El sol ya no es un enemigo sino un regalo. Su luz penetra más hondamente en las cosas y en los espíritus, empapando todo de serenidad y de melancolía, gozo profundo que linda con la tristeza. Como la vida. Nos demoramos en el caballo alazán y transitivo del tiempo que parece andar con paso más calmoso.

Nunca como en otoño sentimos la vida como es: perenne y frágil, fulgurante y decaída.

Parece que el nombre de Media Luna le dieron a este lugar dos rebeldes grandes, en forma de punta de lanza, dos flancos y gola, que servían para proteger la comunicación entre dos zonas amuralladas. Sobre una de ellas se enseñoreó la actual plaza de toros, y quedó la otra, el fuerte, baluarte o luneta de San Bartolomé, al que algunos llamaron bone-te por sus relieves almenados, y otros, más expertos que líricos, media luna. Aquella media luna sirve ahora para vigilar, sólo estéticamente, el valle del Arga y la meseta de Argaray.

Cipreses, abetos, plátanos, fesos, y un arce de colores tan vivos que parece un animal exótico, pacifican los ariscos contornos del fuerte, lloviendo los yerbines y los setos de hojas blandas, ocre, indefensas.

Un padre y un hijo juegan en el parque infantil del foso.

Dan las doce en el reloj de la catedral y es como si las campanadas dieran dentro de un sueño antiguo.

VIENDO NEVAR DESDE LA ROCHA

*La nieve, inmaculada
de tan celeste.
Nieva sobre Pamplona.
Ocho. Diciembre.*

*Las murallas se rinden.
La blanda nieve
sitia la fortaleza
de nuestros reyes.*

*El Runa pasa raudo,
de abrigo verde,
y en las Mañuetas sueña
barcas y gentes.*

*Errotazar nevoso.
Huertas alegres
como enanitos blancos
de Blanca-Nieves.*

*La nieve ha desarmado
todos los puentes.
Ay puente de San Pedro,
qué bien pareces!*

*Las torres de San Cernin
se desvanecen.
Las campanas antiguas
tocan a nieve.*

CASA DE MISERICORDIA

Una tarde libre de agobios y de quehaceres inaplazables es ya un regalo navideño.

Voy a ver con mi madre al tío Donato, que está hace años en la Casa de Misericordia —¿por qué no cambiarle ya el nombre?— y acaba de sufrir un ataque de hemiplejía, que le ha robado casi completamente el habla.

Nos espera ese hombre, por tantas cosas admirable, que es Segundo Valimaña, que, entre muchos cargos gratuitos, es también vicepresidente de la Junta.

Tomamos café en la Cafetería grande, donde se oyen villancicos, que algunos ancianos bailan con salero sandunguero. Los más se sientan, graves, en corrillos, vestidos con jerseis y americanas. Pasa uno delgado y alto, con el "Herald Tribune" en el bolsillo. Me dicen que es inglés. Otros, rigurosamente de negro, traen lentamente la taza en la mano desde la barra.

*La Noche Buena se viene,
La Noche Buena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.*

La señora del bar enciende las luces del belén, donde todas las figuras son jóvenes y fuertes. Los más ancianos, los reyes, no han salido aún.

Son 560 en total, con una media de vida de 79 años, mayor que en Suecia, lo que prueba la buena alimentación, la higiene y los exquisitos cuidados de todo tipo. Hay 340 habitaciones individuales, cosa singular en España y fuera de España.

*A Belén, pastores,
A Belén, chiquillos...*

Segundo saluda a “El Cuenca”, ya octogenario, famoso en el mundillo del torero, que acaba de llegar a la Casa. Se vino de Cuenca en 1934 para las obras de la fachada de la Diputación y aquí se quedó. La señora Margarita viene de la peluquería; su hermana y las amigas se han ido a comer por ahí. Otros años se iban a Benidorm o Alicante, pero este año no lo echan en falta.

—¿Y la lotería?

—Nada de nada. Ahora la del Niño.

Uno se puede poner triste, cuando sobre todo ha vivido en la familia rural que iba de los abuelos a los nietos. Pero no se puede estar siempre comparando lo ideal con lo real, sino también a veces lo real de aquí con lo real de otras situaciones; y en muchos casos, cada día más numerosos, la Casa de Misericordia es ya un lujo múltiple. Lo cierto es que ahora uno de los más urgentes proyectos es la Residencia de día: tanta es la necesidad de acogida, de atención y de compañía en una sociedad que crea hoy tantos ancianos como niños hasta hace poco.

Era Donato un limpiabotas bueno y honesto que trabajaba en un bar de la Plaza del Castillo. Desde que murió su madre, vivía solo en una buhardilla de la Plaza de San José. En sus buenos tiempos fue un bohemio natural. Lo mismo se subía a San Cristóbal que se cogía el palo y el hatillo y se recorría pueblos y plazas, de vaquillas en vaquillas. Lo que le gustaba era ser torero. Sus compañeros le llamaban “Gallito”.

Un día se puso malo, y cuando salió del hospital los médicos le recomendaron recogerse en La Meca. Les entregó la buhardilla, a la que le gustaba ir a hacerse algún condumio y a trastear, y se quedó aquí del todo. Pero todavía se levantaba a las seis, engañaba a la monja o le ganaba la voluntad, y salía hacia San Cristóbal o a la Misa de los Carmelitas.

Por las galerías, pasillos y corredores hay carteles de Sanfermines. La Casa es un pequeño museo de cartelería taurina. El 9 de julio de 1931, Bienvenida, Torón y Amorós. Toma nota, querido Angel Munuce.

Hay también ahora lemas y símbolos de Navidad, de papel y cartón piate.

Encontramos a Donato en la enfermería. Está descolorido, flaco, triste en su trágico tartamudeo. Anda mucho, pero tiene pocas ganas de hablar.

No había visto yo este nuevo trozo de la Casa, que habíamos recorrido con Ignacio Cía, rincón por rincón, cuando las fiestas del Cincuentenario-Centenario. Todo está limpio, reluciente incluso, y, aunque demasiado grande, la Casa se parece cada día más al marco pequeño entrañable de la casa.

Visitamos el ala de las ancianas demenciadas, tal vez el cuadro más triste de todos. Están las ancianas sentadas en sus sillas, pulcras y ase-

das, como ensimismadas. Algunas gritan de vez en cuando. Dos miran la televisión. Una canta sin parar: espera a una hermana que no viene y está nerviosa, nos dice la enfermera. Antes les pusieron villancicos, ahora piden jotas:

*Porque las espigas de oro,
ya van granando, o, o, o, o, o.*

Junto a la puerta hay una mesilla con un Niño Jesús. Por el cristal de una puerta cerrada se ve una cesta de Navidad.

La lista de los benefactores de la Casa, entre los que veo muchos hombres conocidos de Pamplona, se terminó hace años, y no sólo porque ya no hay sitio en el vestíbulo. Quienes hacen posible que los ejercicios terminen sin los millones de déficit iniciales pasan ahora al santo anonimato de la generosidad que no espera agradecimiento público.

En el despacho del director copio estos versos escritos en julio de 1903 por Fiacro Irayzoz:

*... Quien sabe si serás albergue ansiado
cuando allá, en mi vejez, con mano inquieta
llame a tu puerta pobre y olvidado.
Para llegar a ti ya tengo andado
la mitad del camino. ¡Soy poeta!*

Visito después una familia bien conocida, castigada brutalmente este año por la salvaje violencia. Su serenidad, su ánimo y hasta su paz tonifican y conmueven al más pintao.

A la vuelta, paso cerca de donde, anteayer, cazaron al general Atarés. ¿Cómo podrán cenar y dormir hoy sus asesinos? La pregunta es una pregunta sobre toda una civilización.

El villancico clásico habla de otra vigilia mejor:

*No la debemos dormir
la noche santa.
No la debemos dormir.*

Pongo en casa música de Navidad, que me priva. Pero hoy, dentro de esta terrible semana, de horror más que de adviento, me pone triste.

Es tan bella y alta la Navidad, que cualquier roce con la fealdad y la bajeza la hace insufrible. Pero la culpa no es de la Navidad, que es la hora buena del mundo:

*Norabuena vengáis al mundo
Niño de perlas,
que sin vuestra vista
no hay hora buena.*

EPILOGO

Hay muchas formas de entrar en la ciudad y depende de cuál de ellas nos haya tocado para que la opinión sea una u otra. Tenemos ciudades atravesadas porque su recuerdo es una estación inhóspita en invierno, porque llegamos una noche de lluvia y no hubo manera de dormir tranquilos. Otras veces es la carretera de acceso la que nos hace sentenciar una ciudad y, así, siendo la misma, nos queda de ella una sucesión de fábricas o un bien cuidado barrio de chalés. Esto de la entrada, del primer contacto, de la primera impresión, es decisivo para casi todo, también para la ciudad.

(Ignacio Aranaz en «Pamplonario»)

Víctor Manuel Arbeloa —mi buen amigo Víctor Manuel—, que me confía estas últimas páginas de su nuevo libro para lo que normalmente se llama epílogo, ha elegido la entrada a la ciudad —Pamplona en este caso— por el único portal que no presenta el riesgo que pudieron deparar en su día, a tono con la primera impresión y contacto, el de Francia, el de Taconera, el de San Nicolás, el Portal Nuevo o los de Tejería y Rochapea: el portal poético de la observación atinada, minuciosa y bella a la vez, que fue también el que le llevó, “a golpe de calcetín”, POR NAVARRA en una serie de libros no interrumpida y que va, si mal no recuerdo, por el número siete.

Ahora, partiendo de “Las Barracas” y pasando en peregrinación de fechas y costumbres hasta la “Mañanica de palmas”, el libro formará parte de ese periplo romántico que, seguramente, se ha mecido en el aire repetido entre Estrasburgo y la capital de la foralidad navarra, o viceversa.

Víctor Manuel, cuando regresa de sus viajes frecuentes y obligados, siente la necesidad de refugiarse un poco en la soledad de algún rincón pamplonés: “Me voy esta tarde de otoño a ver los árboles, mis amigos...”, “En la Media Luna...”, “Vuelta de Aranzadi...”

Bueno, pero todo ello lo vais a ver —a leer—, lo acabáis de leer, sin duda, si el curso de la lectura del libro ha sido normal, “de pitón a rabo”, como decimos los taurinos y se suele decir vulgarmente dentro de los términos que, según Andrés Amorós, han configurado la forma de pensar del pueblo español. En tal caso, vuestra lectura tropieza o se encuentra —ojalá sea así— con el epílogo, que viene a ser —pienso yo— como ese farolillo rojo que suele llevar por la noche el último vagón de los trenes y que se pierde, al cabo, en la distancia o en la niebla.

Me cabe, por tanto, el honor de la despedida, como al jefe de estación que ha visto pasar el último expreso signándole vía libre, disco abierto y adentrándose de inmediato en la estación hasta el próximo servicio.

Si, por el contrario —cosa improbable pero no imposible— habéis comenzado a leer por el final, es decir, por el epílogo, entonces, como el jefe de estación, procuraré no deteneros demasiado para no privaros del deleite que hallaréis en las páginas de Víctor Manuel.

Este recorrido por la ciudad, del brazo de Víctor Manuel Arbeloa, complementa —creo— el que en 1945 nos llevó con Angel María Pascual Visor. Se trata, ahora, de un recorrido actualizado, porque el tiempo no pasa en balde y la ciudad ha cambiado en varios aspectos; sobre todo, es mayor y tiene como propios lugares con los que antes no contaba. Tal es el caso de la Ciudadela. En otros, se incide en acontecimientos que se vienen repitiendo como invariables en su esencia, o se enfocan desde otro ángulo, variando el punto de mira, ya “Desde San Cristóbal”, “Siguiendo a los Gigantes”, o bien desde la altura diametral de la noria del parque de atracciones, aquí, siempre, “las barracas”. Algunas veces se entreveran en el contexto leves poemas, como el de “Nieve sobre La Rocha” y “Mañanica de Palmas”. Todo, con una sensibilidad y un encanto que apreciaréis de inmediato. Mejor dicho, lo habréis apreciado y estimado al seguir el orden normal de lectura. Caso contrario, como he dicho, os doy vía libre con el disco de la buena esperanza mientras quedo observando cómo la lucecita roja del último vagón desaparece en la noche del tiempo.

José María Pérez Salazar